



SANGRE EN BROADWAY

alf regaldie

King Morton, empresario del «Comedy Theatre», ubicado en el mismísimo Broadway, señaló un asiento a Jack Driscoll y a continuación se dejó caer en su sillón, situado detrás de su amplia mesa, en la que, además de cuatro teléfonos de diferentes colores, había gran cantidad de papeles.

Dio un manotazo en la mesa, apartando un montón de papeles y murmuró para sí:

—¡Es imposible! Terminaré por volverme loco. Driscoll contempló el grueso rostro del empresario como para darle la razón; pero su mirada se sintió irresistiblemente atraída por las piernas de Gipsy, la secretaria de Morton, piernas magníficas, impecables de línea y que se exhibían generosamente en gracia a lo corto y lo estrecho de la falda



Alf Regaldie

Sangre en Broadway

Bolsilibros - Servicio Secreto - 613

ePub r1.2
LDS 02.05.18

Título original: *Sangre en Broadway*
Alf Regaldie, 1962
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Sangre en BROADWAY

por ALF REGALDIE



CAPÍTULO PRIMERO

King Morton, empresario del «Comedy Theatre», ubicado en el mismísimo Broadway, señaló un asiento a Jack Driscoll y a continuación se dejó caer en su sillón, situado detrás de su amplia mesa, en la que, además de cuatro teléfonos de diferentes colores, había gran cantidad de papeles.

Dio un manotazo en la mesa, apartando un montón de papeles y murmuró para sí:

—¡Es imposible! Terminaré por volverme loco. Driscoll contempló el grueso rostro del empresario como para darle la razón; pero su mirada se sintió irresistiblemente atraída por las piernas de Gipsy, la secretaria de Morton, piernas magníficas, impecables de línea y que se exhibían generosamente en gracia a lo corto y lo estrecho de la falda.

La mirada de Morton siguió a la de Driscoll hasta detenerse en las magníficas piernas, sin que Gipsy se diese por enterada.

En el rostro de Morton se dibujó un gesto de cansancio, y a continuación, con vos monótona, dio una orden a su secretaria.

Se levantó Gipsy de la mesita ante la cual trabajaba, y en la que había una máquina de escribir.

La joven se sacudió la falda ligeramente, se irguió, poniendo de relieve la maravilla de sus formas, acusadas bajo la falda muy ceñida y la transparente blusa.

Después de escuchar las instrucciones de su jefe, respondió con un desmayado:

—Sí, míster Morton.

Se ahuecó Gipsy el pelo rubio, casi plateado y dirigió su mirada a Driscoll, sonriéndole con expresión que reflejaba simpatía, y como deseándole suerte.

Y a continuación caminó, contoneándose graciosamente, pasando muy cerca de Jack, al cual envolvió en una ola de enervante perfume.

Jack recibió la sensación de que se congestionaba y aspiró fuerte, dando la impresión de que no solamente trataba de captar el perfume, sino de sorberse por la nariz a la maravillosa mujer.

Cuando Gipsy hubo salido, Morton se dirigió a Driscoll, diciendo:

—En «Diamond Horseshoe» encontrará bastantes pares de piernas tan perfectas como ésa, pero con menos complicaciones.

Ante la mirada de perplejidad de Jack, prosiguió Morton:

—Gipsy es de las chicas que quieren casarse.

—Me parece estupendo.

—Mejor para usted si encuentro que eso no es una complicación. Pero a mí me fastidiaría perder a la secretaria. Gipsy es muy eficiente, no sabría qué hacer sin ella.

—Cuando usted comenzó, no la tenía.

—Cierto. Pero la tengo casi un año, y es la que entiende esto…

Paseó su diestra por encima de la mesa, señalando los montones de papeles.

Hizo una corta pausa, su rostro varió de expresión, pero su voz prosiguió con la misma monotonía:

—Pero usted no ha venido a tratar de Gipsy, y si tiene que pedir su mano ya se las arreglará con ella.

Cruzó Morton las manos sobre su estómago, juntando sus pulgares y dio la vuelta al puro que mantenía en la boca.

—Ha venido usted en un mal día, Driscoll —siguió diciendo.

—No ignoro que hoy estrenan una pieza de Pat Mortimer…

—¡Exacto! Una pieza de Pat Mortimer. Pero debe tener en cuenta que no se trata de una pieza cualquiera. Será un éxito. Tendremos para meses, tal vez para años…

—Lo celebraría mucho. Admiré a Mortimer como actor y lo admiro como autor…

—Conoce el teatro y conoce al público, sobre todo, al de mi teatro. Es el autor que yo necesitaba.

—A pesar de ello, creo que debe conocer mi pieza. Nunca se conoce bastante al público. Este mismo, muchas veces no sabe lo que quiere; y lo que un día le pareció bueno, otro día lo patea…

—En eso no tengo más remedio que darle la razón.

—Puede gustar la comedia, pero no lo suficiente para que se mantenga tiempo. Debe tener usted algo bueno a la vista. Y eso algo bueno es lo que yo le traigo.

—Escuche, Driscoll. He oído decir cosas semejantes miles de veces y en raras ocasiones era cierto. No dudo de usted, pero…

—Lo comprendo. Pero usted ya sabe algo de lo que yo le traigo…

—Sí, pero no es bastante. Tengo que leer, y por el momento me resulta imposible…

—Pasados los primeros días, tendrá ocasión de leer, estará tranquilo.

—No lo crea. El teatro tiene siempre problemas, ¡muchos problemas! Cuando llega un estreno, entonces es para volverse loco. Yo…

—Puede leerlo su secretaria y ella le dará una impresión… Morton sonrió con expresión maliciosa y dijo luego:

—Mi secretaria no es público de mi teatro. Ni conoce demasiado esa faceta del teatro.

Ella es estupenda en todo lo demás…

Driscoll se dispuso a insistir, pero se vieron, interrumpidos por una voz masculina que no reflejaba seguridad, y que dijo desde la puerta:

—Perdón, míster Morton…

El empresario dejó su tono habitual para decir en plan de corrección amable, apartándose el puro de la boca para que su voz pudiese salir más:

—Olive. Sabes perfectamente que no me gusta ser interrumpido. Que se haga cargo Gipsy del asunto y si ella lo cree conveniente, me lo pasará.

El rostro de Clive, asomado a la puerta hasta el cuello, reflejó una expresión implorante al decir:

—Insisten, míster Morton, ¡y de qué modo!

La cabeza de Clive desapareció rápidamente de la puerta, antes de que el empresario pudiese pronunciar su respuesta.

La puerta, que hasta entonces había permanecido abierta el espacio justo para que asomase la cabeza de Clive, se abrió totalmente sin que por ello se viese nada del empleado de Morton.

Y en lugar de Clive apareció un hombrecillo que tendría muy bien los sesenta años, el cual sonreía con expresión amistosa, aunque en el fondo de la sonrisa había un matiz irónico.

Además de bajo y delgado, el hombrecillo estaba ligeramente encorvado. Vestía pulcramente y mantenía una gruesa cartera de cuero debajo del brazo izquierdo, en tanto que en la mano derecha sostenía su sombrero.

El hombrecillo iba cuidadosamente afeitado y poseía una abundante mata de pelo muy blanco, ligeramente ondulado, y que peinaba hacia atrás.

Morton, al verlo, colocó sus manos sobre la mesa y se puso en pie de un golpe, exclamando:

—¿Qué diablos quiere aquí?

El hombrecillo no perdió su sonrisa a pesar de la brusca interpelación de Morton, a la cual respondió con voz suave:

—Calma, míster Morton. Está usted más grueso de la cuenta, tal vez tenga exceso de tensión… Se podría congestionar…

Extendió el empresario su brazo derecho, señalando con el dedo índice hacia la sala exterior y dijo:

—Haga el favor de aguardar fuera. Entrevístese con mi secretaria cuando venga, y si ella lo considera oportuno, ya lo pasará aquí.

—Ella considera oportuno pasarme. Así es que, con su permiso… Aunque es preferible que entre primero su secretaria. La galantería obliga…

El hombrecillo se apartó ligeramente, se inclinó un poco más de lo que era natural en él y Gipsy entró, dando la impresión de que alguien la había empujado.

Una vez en el despacho, Gipsy se volvió y se sacudió la falda para borrar las huellas que podían haber dejado en ella las manos que, la habían empujado.

Driscoll, molesto por algo que entreveía anormal, se puso en pie.

Entró el sonriente hombrecillo a continuación y detrás de él entró un hombre que rebasaba cumplidamente los seis pies de estatura, ancho en proporción, recio, y cuyo peso no bajaría en mucho de las doscientas libras.

Vestía el grandullón de manera detonante con americana a grandes cuadros, camisa de colorines chillones y una corbata

amarilla, de un amarillo fuerte, hiriente.

El hombre tenía la nariz aplastada, los pómulos salientes con una leve cicatriz en el izquierdo y las orejas abullonadas.

Driscoll lo calificó rápidamente, diciendo para sí: «Boxeador fracasado, gánster en activo».

Los ojos del grandullón, menudos y muy vivos, se fijaron en Driscoll, casi tan corpulento como él.

Debajo da la chaqueta, en la axila izquierda del grandullón se adivinaba la funda de una pistola.

El gánster saludó, sonriendo aviesamente:

—Buenos días a todos. Les deseo mucha salud.

El hombrecillo sonrió también, diciendo a su compinche:

—Así me gusta. Bien educado. Debes darte cuenta siempre cuando se está ante una señorita y entre caballeros.

El de las orejas abullonadas hizo mención con el gesto a Gipsy, señaló en el aire unas curvas que podían corresponder a una mujer sugestiva, silbó admirativamente y dijo:

—¡Menuda señorita! ¡Tiene una carrocería de miedo! ¡Es justo el modelo que a mí me entusiasma!

—¡Pues se va a quedar con las ganas, gorila! —exclamó Gipsy, agresivamente.

—Bien, pequeña. No hemos venido a discutir eso.

La mirada del gánster, que se había desviado para posarse en Gipsy, volvió a Driscoll, dando la impresión de que era el único que le ofrecía algún cuidado.

Se dirigió a él, diciéndole: «Puede sentarse, míster».

—Puedo sentarme o levantarme sin necesidad de que me lo permita usted —respondió ásperamente Driscoll.

Iba a responder de forma agresiva el de las orejas abullonadas, pero lo contuvo una mirada del hombrecillo.

Gipsy, de manera instintiva, buscó refugio cerca de Driscoll, escudándose detrás de su corpachón.

El gánster torció la boca, sonriendo aviesamente y dijo luego:

—Está bien, nena. Otras que comenzaron como tú, terminaron por no poder vivir sin mí.

Gipsy no se molestó en responder.

Olive entró de manera muy semejante a como había entrado Gipsy, y tras él hizo acto de presencia otro sujeto, cuya forma de

vestir no difería en nada del de las orejas abullonadas.

En cuanto a su físico resultaba impresionante por su anchura y por sus brazos desmesuradamente largos y fuertes. Y si el tronco resultaba poderoso, no lo eran menos sus piernas, Algo cortas con relación a la largura del cuerpo, y ligeramente arqueadas.

En aquella ocasión, Driscoll pensó:

«Parece escapado del Zoológico. Puede que allí no le permitiesen fumar ni beber y se consideró un inadaptado».

A su vez, Gipsy pensó:

«Éste sí que es un auténtico gorila».

Las miradas de Jack y de Gipsy, se cruzaron. Uno y otro parecieron adivinar sus respectivos pensamientos y, pese a la gravedad del momento, Gipsy no pudo evitar la carcajada.

El gorila habló con voz bronca:

—Cuidado, muñeca, no sea que después de las risas vengan las lágrimas. Driscoll imitó la voz del gánster, diciendo en tonillo irónico:

—Habló el gorila…

El aludido miró a Driscoll de pies a cabeza, tratando de medir la resistencia que pudiese encontrar en él.

A continuación avanzó lento, reflejando en su rostro una decisión. Jack no se amilanó y se dispuso a recibir dignamente al gorila.

El hombrecillo adelantó un paso y dijo, dirigiéndose al gángster:

—Tob. Ya discutirás eso con míster Driscoll en otra ocasión y en lugar adecuado.

El gorila emitió un gruñido amenazador y se detuvo, dando la impresión de una ñera domesticada que se ve forzada a obedecer.

El hombrecillo prosiguió:

—Tob, a lo tuyo. No debe venir a fisgar nadie.

Produjo Tob un segundo gruñido y se retiró lentamente.

Se dirigió a Clive, tratando de hacer comprender que si había obedecido al hombrecillo era capaz también de imponer su autoridad.

—Tú, a la puerta. Y ya sabes, míster Morton no está para nadie.

Clive, temblando de miedo, se fue a la puerta, y una vez en ella miró a su jefe con implorante expresión.

Morton, que había permanecido silencioso, siguiendo los

movimientos y las palabras que se habían producido, señaló imperativo para la puerta y gritó:

—¡Esto es un allanamiento! ¡Salgan inmediatamente de aquí o llamaré a la policía!

El hombrecillo adelantó hasta la mesa del empresario, tomó uno de los aparatos telefónicos y se lo alargó, diciendo:

—Tome, llame…

—¡Es usted un maldito granuja! —chilló Morton.

Le arrebató el aparato telefónico y lo colocó violentamente sobre la horquilla.

El hombrecillo, sin hacer caso al insulto, volvió a sonreír y dijo con suaves maneras:

—Recuerde, Morton, su gordura, su tensión, una posible congestión… ¿Quién sabe? Produjo una tosecilla silbante, suave y siguió diciendo:

—¿Y qué sería después del glorioso empresario?

Tras un silencio ominoso respondió el propio individuo:

—Nada. Despojos, tristes despojos… Una viuda llorosa, al menos, por fuera. Flores que se marchitan sobre una tumba…

—Me dan ganas de aplastarlo como a una colilla.

—Le creo, Morton, no se esfuerce. Usted es un hombre impulsivo…

Volvió a sonreír el hombrecillo, sacó una tarjeta y la tendió al empresario al propio tiempo que se anunciaba de viva voz:

—Erle Hopkins, abogado. Ése soy yo.

Driscoll, que permanecía de pie, intervino para decir:

—Erle Hopkins, ex presidiario. Fue expulsado del Colegio de Abogados por indeseable. Tiene preparada una celda en alguna penitenciaría y puede que hasta lo achicharren en la silla eléctrica. Ése es usted.

Hopkins no se inmutó al escuchar a Driscoll, al cual respondió sin perder su sonrisa:

—Buena memoria, Jack Driscoll, ex polizonte. También lo expulsaron a usted del cuerpo.

—Usted tiene buena memoria, Hopkins. Diga el motivo de mi expulsión. Hopkins parpadeó y señaló luego para los asientos, diciendo:

—Puede sentarse, Morton; y usted también, señorita Gipsy. A

usted no le digo nada, Driscoll. Sé que puede sentarse o permanecer en pie mientras le parezca bien.

Jack sonrió despectivo, rehusando con el gesto el responder.

El hombrecillo se acomodó en una silla, haciendo seña a Morton para que le imitara mientras que Gipsy, asustada, se había sentado ya, procurando rehuir sus piernas a las voraces miradas de los dos gangsters.

—Recuerdo perfectamente el motivo de su expulsión, Driscoll —respondió inesperadamente Hopkins al desafío del joven—. Usted era sargento y le zurró al teniente Warner Walsh. Había por medio algo de faldas, una rubia suculenta que se hartó de usted y prefirió irse con el teniente.

—Buena memoria, en lo que a la rubia se refiere. Pero usted sabe más que eso. Yo no era el instrumento manejable que Judy Morlay necesitaba.

Al escuchar el nombre de Judy Morlay, Morton levantó la cabeza interesado. El joven prosiguió:

—Walsh intentó una fechoría en combinación con ella, de manera que la culpa recayese sobre mí. Fue entonces cuando le zurré. Yo no me zurro por una zorra plateada como Judy…

—Muy galante por su parte, Driscoll… —Manifestó Hopkins.

—Algo más de lo que ella se merece. No tenía pruebas contra Walsh y me expulsaron… Pero no tardaron mucho en expulsarlo a él por granuja. Entonces pude reingresar, pero no quise hacerlo. Había terminado mis estudios de abogado…

—Es usted un chico de mérito, Driscoll.

—Espero poder demostrar que sí. Y puede que alguien lo lamente —respondió el joven.

El de las orejas abullonadas adelantó mostrando sus dientes y entornando sus ojos. Se dirigió a Hopkins, preguntando:

—¿Quiere que lo aplaste para que se convenza de que no demostrará nada, «Secretario»?

—Calma, Loy. Driscoll puede ser uno de nuestros asociados. Él es autor, ¿comprendes?

Ya he dicho que es un tipo de mérito.

Al nombrar Hopkins al de las orejas abullonadas, recordó Driscoll quién era y se dirigió a él:

—Creo recordar que estás soñando, Loy Sacco, Te convendrá

saber que yo pego duro.

Sacco desenfundó rápido la pistola, la cual tomó por el cañón, diciendo en tono amenazador.

—Tú no pegarás de ninguna manera… Hopkins ordenó con sus maneras suaves:

—A tu rincón, Loy. Te digo que Driscoll puede ser uno de nuestros asociados. Y de todas formas, ya discutiréis en otro sitio.

Luego se volvió a Morton, preguntándole:

—¿Dispuesto a escuchar o prefiere llamar a la policía?

Volvió a alargarle el aparato telefónico a la vez que sonreía con expresión burlona. Morton tomó el aparato y dio la impresión de que iba a marcar el número de la policía. En medio de un silencio impresionante marcó un número.

Sacco, que había enfundado, volvió a desenfundar y Tob le imitó mientras que Hopkins, sin dejar de sonreír, permanecía en tensión dispuesto a iniciar la violencia.

Cuando le respondieron, dijo el empresario:

—Aquí Morton, Margie. Me retrasaré una hora. Si, algo ineludible. Hasta entonces… Volvió a colocar el microauricular en la horquilla.

La tensión fue cediendo y las armas de los dos gangsters volvieron a sus fundas. Hopkins carraspeó antes de comenzar a hablar.

CAPÍTULO II

—Vengo a convertirle en el empresario más importante de Broadway, Morton —comenzó diciendo Hopkins.

El empresario permaneció silencioso, inmóvil, fijos sus ojos en el rostro del hombrecillo.

Al no encontrar eco en Morton, prosiguió el granuja:

—Hay formada una entidad dentro del ramo teatral, de la cual me honro siendo secretario…

—Usted, de honrado, nada, Hopkins —interrumpió Driscoll.

Se produjo un movimiento de impaciencia entre Sacco y Tob, que se vieron contenidos nuevamente por la mirada del hombrecillo.

Éste sonrió exteriormente y dijo a Driscoll:

—Cuento con usted también, Driscoll; pero no hay que precipitar las cosas. Nuestra sociedad, antes que nada, es un sindicato en toda regla. Y cuenta con una rama de seguros para sus asociados.

Tras una breve pausa para tratar de adivinar el efecto que habían causado sus palabras, prosiguió diciendo:

—Como sindicato, por una módica cuota y un pequeño tanto por ciento cuando actúan, nosotros proporcionamos trabajo a nuestros asociados.

La curada de Hopkins volvió a posarse en Driscoll.

—Por ejemplo, usted, aparte aspirar a fiscal de nuestro Distrito, es autor.

—Por estrenar, pero autor —respondió, el joven en tono humorístico.

—Pues bien. Por una módica cuota será nuestro asociado. Nosotros nos encargaremos de que estrene su producción y de que

tenga éxito…

—¡Cáspita! Eso es una gran cosa y habrá que pensarlo —prosiguió Driscoll sin dejar su tono humorístico.

Hopkins recalcó:

—Estamos en condiciones de fabricar éxitos. Y usted solamente abonará un pequeño porcentaje de sus beneficios como autor. ¡No hay pérdida posible para usted, Driscoll! Juega sobre seguro, todo serán ganancias.

—Lo dicho. Resulta tentador…

—Su cuota será barata, aunque las hay más económicas. Fingió Hopkins que consultaba unas tarifas y dijo:

—Autor de tercera… Aclaró, sonriendo:

—Se le clasifica así porque aún no empezó a estrenar. Espero que pasará a primera de un salto…

Carraspeó y dijo:

—Veinte dólares de cuota mensuales, o cinco semanales si quiere que le resulte más cómodo. Y el quince por ciento de los beneficios cuando estrene, que será muy pronto, ¿no es eso, Morton?

El puro que masticaba Morton pasó de un lado a otro de su boca, pareció que iba a hablar, pero se limitó a emitir un gruñido.

Hopkins prosiguió:

—Usted, Morton, como empresario, tendrá una cuota más crecida porque en ella va incluido el seguro. Los beneficios son los siguientes: Pago de cualquier rotura o deterioro que se produzca en el teatro por una violencia o accidente…

Señaló con un dedo de su mano izquierda, que separó con la derecha de los restantes; y prosiguió enumerando:

—Protección al teatro para evitar que se produzcan violencias, roturas ni deterioros. Separó otro dedo que unió al primero. Y siguió:

—Tercero: Nos encargaremos de que las obras que se estrenan o se presenten en su teatro sean verdaderos éxitos y que el público acuda a ellas.

—¿Van a «asociar» también al público? —preguntó Driscoll.

—¿Y por qué no, si lo desea? —preguntó a su vez Hopkins sin inmutarse. Volvió a separar otro dedo, diciendo:

—Cuarto: Su teatro quedará protegido de las oleadas de

puritanismo que a veces hacen desaparecer determinadas obras de los carteles. Usted podrá poner lo que le resulte más interesante o más comercial…

El de las orejas abullonadas y Tob sonrieron al escuchar a su «Secretario», y ambos miraron hacia las piernas de Gipsy con regodeo, como un adelanto de lo que iban a poder disfrutar en el «Comedy Theatre» cuando gozase de la «protección» de su sindicato.

—Quinto. Su teatro dispondrá de los mejores actores, actrices y autores, que le proporcionará el sindicato…

Driscoll corrigió burlón:

—Poco galante, Hopkins. Yo hubiese dicho actrices y actores…

—Gracias, Driscoll. Está usted en todos los detalles —aseguró sonriente, sin mostrarse herido por la corrección.

Carraspeó una vez más y amplió:

—El cuarto punto lleva incluido el ambiente en Prensa, las críticas favorables en todos los medios de difusión y el clamor de los aplausos en la sala, particularmente en los estrenos, así como ahogar las protestas y los silbidos.

Morton preguntó tranquilamente:

—¿Y si no me asocio?

Hopkins se encogió de hombros y respondió:

—Tendrá usted lo mismo, pero al revés. Y la cuota realmente es módica: Mil quinientos dólares al mes.

—¿Y si no se asocia, le darán ustedes los mil quinientos dólares a él? —preguntó Driscoll—. Ha dicho que si no se asocia todo será lo mismo, pero al revés.

—Si no se asocia tal vea nos decidamos a pagarle el árnica que va a necesitar. Y, posiblemente, hasta nos alargaremos a llevarle una corona cuando muera, que puede ser pronto…

Señaló para Morton, diciendo:

—Ya sabe, su gordura, la tensión, una congestión… ¿Quién sabe? Driscoll volvió a intervenir, diciendo:

—Eso huele a amenaza que apesta, Hopkins. Y la amenaza está castigada por la Ley.

—No hay ninguna amenaza, mi ilustre abogado y autor. Somos generosos con él al pagarle el árnica que pueda necesitar y al enviarle flores. Hopkins se dirigió entonces a Morton.

—Piénselo, empresario. Ahora le hacemos una cuota módica pensando que será de los primeros empresarios asociados. Dentro de una semana, la cuota subirá bastante.

Morton, con mal contenida violencia se apresuró a responder:

—¡Está pensado! ¡Lárguense ya, antes de que pierda la paciencia y usted y sus matones salgan de aquí de mala manera!

—La amenaza está perseguida por la Ley, Morton, y usted nos está amenazando —advirtió Hopkins cínicamente.

Driscoll comentó en humorístico tono:

—Por la dureza de su piel, yo le clasificaría a usted entre los paquidermos, Hopkins.

Una miniatura de paquidermo al cual se le podría ahogar en un salivazo…

El joven Driscoll había logrado tocar el punto flaco de Hopkins, el cual, de pálido que era, pasó a un color verdoso.

Morton y Gipsy rieron de buena gana la frase de Driscoll y la reacción que se había producido en el granuja, cuyos ojos destellaron de manera siniestra.

—Y tenga en cuenta. «Secretario», que a mí no me arruga el ombligo ni su veneno, ni los dos fantasmones que lleva con usted, con todo su golpe de pistoleros.

Los dos forzudos adelantaron casi al mismo tiempo.

Hopkins no necesitó volverse para comprender la reacción de ellos. El hombre tragó saliva, logró serenar su ánimo y le bastó levantar una mano para que el gorila y el de las orejas abullonadas se contuviese y tornasen a sus respectivos sitios.

—Nuestra asociación actúa legalmente, Driscoll, puede comprobarlo cuando quiera. La Ley nos ampara y no toleraré amenazas.

—Yo no le amenazo. Le estoy tendiendo un salvavidas. He sentido siempre cierta lástima por los débiles. Y usted, con su pobre físico, no irá a creerse un hércules.

Aludió el joven a los dos forzudos y dijo:

—Está bien claro que necesita protección, «Secretario».

Hopkins logró dominarse y respondió, bastante menos sonriente que en principio:

—Vamos a dejar ya de hablar de mi humilde persona. Usted lo pensará, Morton, pero no olvide que esta noche hay en su teatro un

estreno importante. Ha gastado muchos dólares en el montaje de esa obra y sería una verdadera lástima que constituyese un fracaso.

Hablaba Hopkins sin prisa, escogiendo cuidadosamente las palabras, queriendo dar la impresión de que no era un hampón, que poseía una cultura y sabía perfectamente el terreno que pisaba.

—Sigo diciendo lo mismo. Lárguese cuanto antes… —Manifestó Morton.

—Ya le digo que no tenemos prisa. Si le molesta nuestra presencia, puede avisar a la policía. No seré yo quien se lo impida.

Los dos grandullones sonrieron, pensando que al fin iban a tener algo que hacer; pero Morton permaneció inmóvil, perdida la mirada en el espacio, tratando de ignorar la presencia de los granujas.

Hopkins se volvió a Driscoll:

—¿Qué ha decidido usted, Driscoll? Su cuota, como asociado fundador del grupo de autores, son veinte dólares. Estrenará rápidamente esa pieza que el amigo Morton se ha visto obligado a rechazarle hoy.

—Creo que me decidiré a ingresar, siempre que me den unas garantías Comprenderá, «Secretario», que no le voy a entregar veinte dólares a un granuja como usted, así porque sí.

—Ya le he dicho que nuestra asociación está inscrita legalmente, y su funcionamiento autorizado.

—Cuando usted lo dice, no se puede poner en duda. A pesar de ello, quiero asegurarme de en qué manos dejo mis veinte dólares. Y no solamente mi dinero, sino mi futuro como autor.

—Está usted en su derecho. Pero ya lo sabe. Dentro de una semana ya no se les considerará asociados fundadores y las cuotas serán más elevadas —advirtió Hopkins.

—Diez dólares más o menos no me preocupas esperándome un futuro tan brillante entre ustedes —expresó Driscoll con fina ironía.

Morton miró al joven con expresión que reflejaba perplejidad y desconcierto; pero se tranquilizó cuando advirtió que Gipsy miraba a Driscoll con viva admiración.

Morton no solamente admiraba las piernas de Gipsy, sino la fina intuición que demostraba la muchacha, su conocimiento del carácter de las gentes, casi a la primera ojeada.

Driscoll, antes de que Hopkins le respondiese, preguntó:

—¿Qué le parece, «Secretario», si empleasen ustedes mi

colaboración como abogado? Soy un buen conocedor de las Leyes y tengo mi carácter. No crea que si escribo teatro es porque sea incapaz para mi profesión, de abogado.

—Ya lo sé, Driscoll. Es usted casi un superdotado. Sobresaliente como policía, sobresaliente como abogado y, posiblemente, también como autor, sobre todo si se une a nosotros.

—Bien; ¿qué me dice?

—La asociación tiene su asesor legal y ése soy yo.

—Bien, pero usted no tiene representación oficial como abogado.

—Le digo lo mismo que usted me ha respondido. Lo pensaremos y le responderemos.

El granuja, que había recobrado totalmente el dominio sobre sí mismo, se dirigió entonces a Gipsy, aunque también hizo comprender con un gesto a Clive que debía darse por aludido.

—Ustedes, los empleados de los teatros, caben también en nuestra asociación.

Imagínense que se quedan sin empleo…

—Ya tenemos nuestro sindicato, dirigido por personas de solvencia. —Respondió acremente Gipsy.

Driscoll fingió asombro al dirigirse a la sugestiva rubia:

—¿Rechaza la protección de estos buenos amigos? Ellos piensan ayudarnos mucho, y, total, por unos dólares al mes…

—Es usted un chico inteligente, Driscoll. La vida le reserva un maravilloso porvenir.

—Al revés qué a usted —respondió el joven. Dirigió Driscoll una mirada crítica a Hopkins y dijo:

—Me gustaría saber qué quedará de su miniatura cuando lo tuesten en la silla eléctrica. Eso, si no muere antes ahogado en una escupidera.

El granuja produjo un respingo, diciendo luego:

—Consulte las estadísticas, Driscoll y se convencerá de que mueren más hombres fuertes que hombres débiles.

—No le digo que no. Por oso a los débiles hay que aplastarlos como colillas.

—¡Bien, señorita Gipsy! ¡Y usted, Clive! Son cinco dólares mensuales. Estarán protegidos contra el desempleo, tendrán empleos mejores y estarán defendidos también contra las

impertinencias de sus jefes. Creo que lo deben pensar.

Se fijó el hombre con expresión maliciosa en las piernas de Gipsy y le dijo:

—Podemos asegurarle sus piernas, señorita Gipsy. Son una verdadera maravilla y debe prevenirlas contra cualquier accidente.

—Asegure su cabeza, mosquito. Y lárguese ya con sus aguijonazos y su veneno a otro sitio. Aquí están sobrando usted y los dos mastodontes.

Hopkins sonrió, se levantó y dio por terminada su visita, diciendo:

—Piénsenlo bien todos ustedes. Dentro de una semana aumentaremos las cuotas… Se volvió luego a Morton:

—Espero que nos veremos en el estreno de esta noche. He conseguido una buena localidad. Y mis amigos, también.

—Creo que a los tres les iría bastante mejor una jaula en el Zoo —respondió Morton, agresivo.

Hopkins no hizo caso alguno de la expresión de Morton y se dirigió a sus acompañantes:

—Vamos, muchachos.

Salió Hopkins delante, le siguió Tob, y a continuación salió Sacco, el cual cerró la puerta con fuerza.

Se produjo un crujido de cristales rotos, y la puerta quedó solamente con el maderamen que enmarcaba los cristales, mientras éstos quedaban desparramados en fragmentos, por el suelo.

Morton murmuró:

—¡Maldita bestia!

Driscoll sonrió y caminó con paso elástico, felino, hacia donde estaba el de las orejas abullonadas, el cual se había detenido para volverse a mirar, riendo, el estropicio que había pausado.

Driscoll no se molestó en abrir la puerta, sino que salió por el hueco que había ocupado el cristal.

Loy Sacco, al advertir que Driscoll llegaba con ánimo de zurrar, produjo un gruñido amenazador y que debía servir de advertencia a su compinche, y retrocedió un paso echando mano a la pistola.

CAPÍTULO III

Driscoll vio en la mano del pistolero el arma y sacudió un golpe seco, preciso, con el canto de la mano, obligando al granuja a soltar la pistola.

Un trallazo de zurda al hígado, obligó a Sacco a doblarse hacia adelante, quedando su barbilla al alcance de la diestra del joven, que le aplicó en corto, con seca precisión, un golpe cruzado, cargado de dinamita.

Se produjo un seco chasquido, Sacco dio media vuelta y se derrumbó hacia adelante, quedando sumido en la profunda región de los sueños.

Se había producido todo con tal rapidez, que Tob se sintió desbordado por la velocidad de Driscoll y eché mano a su pistola cuando ya el joven había derribado a Sacco.

Hopkins trató de ordenar al gorila que se estuviese quieto, pero se vio impelido con violencia por Driscoll, yendo a chocar contra Tob, quien resistió firme el impacto, aunque, le estorbó su movimiento para sacar el arma.

Jack, que había calculado con precisión sus movimientos, se fue detrás de Hopkins y aferró a Tob por la muñeca derecha cuando éste había empuñado ya la pistola.

Una hábil torsión obligó al gorila a soltar el arma, al tiempo que aullaba de dolor.

A continuación actuó Driscoll con la rapidez del huracán, y el gorila tuvo la sensación que era arrancado del suelo, lanzado por el aire, en el cual dio una aparatosa voltereta y estrellado luego contra el piso, que retumbó como bajo el impacto de un obús.

El gorila se movió después del golpe, trató de incorporarse, pero volvió a caer, quedando inmóvil.

Hopkins se había repuesto del golpe que medio le había aturdido.

Al ver a los dos grandullones fuera de combate, quedó aterrado y se dispuso a huir. La derecha de Driscoll cayó entonces sobre él, aferrándole por el hombro.

—Un momento, carne de silla eléctrica. Hay que pagar los vidrios rotos, y será usted quien los pague. Ya los descontará del sueldo de sus pupilos.

—¿Cuánto? —preguntó, tartamudeando, perdida la seguridad de que había hecho gala durante la entrevista.

—Pongamos veinte dólares…

—¡No valen ni diez dólares!

—Lo que sobre se lo daremos de propina al hombre que venga a colocar los nuevos. No les dio nadie autorización para romperlos.

Hopkins, sin osar discutir, sacó con mano temblona los veinte dólares de la cartera y se los entregó a Driscoll, el cual los alargó a Gipsy que, más atrevida que Clive, había llegado hasta el antedespacho en donde se había producido la breve lucha.

—Ahí tiene, Gipsy. Encárguese usted de que pongan el vidrio nuevo. Si sobra algo, lo da de propina al que venga a ponerlo. Seguramente le hará más falta que a estos granujas.

—Eso creo…

Driscoll, sin perder de vista a los tres granujas, se acercó a un teléfono en el antedespacho y marcó un número.

Cuando le respondieron, pidió:

—Con el sargento Paul Nollan. De parte de Jack Driscoll. Poco después, al aparato Nollan, pidió Driscoll:

—Haz el favor de llegarte al «Comedy Theatre». Te dejarán pasar al despacho de míster Morton. Me gustaría que vieses si dos fulanos que están aquí tienen licencia de armas…

Se oyó el retumbar de la voz de Nollan. Jack sonrió al responder:

—No. De momento están dormidos. Si apresuras, puede que no hayan despertado cuando llegues.

El joven colgó el aparato y se volvió a mirar a Hopkins, el cual se mostraba indeciso. El joven le autorizó:

—Usted se puede marchar si quiere, Hopkins. A menos que lleve armas… Pero no.

Pesan demasiado para usted…

—Míster Hopkins prefiere emplear el veneno que lleva acumulado —manifestó Gipsy valientemente, en tono despectivo.

Driscoll permaneció con los brazos cruzados sobre el pecho apoyado contra una mesa vigilando a los dos granujas y despreocupado al parecer de los movimientos de Hopkins el cual optó, al fin, por quedarse.

El primero en despertar de su sueño fue Sacco, el cual se incorporó hasta quedar sentado.

Sacudió la cabeza para despejarla, miró con expresión estúpida a Driscoll y luego volvió la mirada en torno buscando la pistola.

Intentó alargar la mano para alcanzarla, pero le paró en seco la voz de Driscoll.

—¡Quieto! No intente tocarla. Y manténgase en donde está. Se lo digo para bien de sus huesos…

La mirada del gánster pasó a Hopkins, quien le hizo comprender con el gesto que debía aguantarse.

Transcurrieron varios minutos en absoluta inmovilidad de todos, hasta que Tob comenzó a dar señales de vida.

Había quedado de bruces y dio media vuelta, pudiéndose apreciar entonces que tenía la nariz, la boca y uno de los pómulos, bastante hinchados y con heridas por las cuales sangraba.

El gorila bufó dos veces seguidas y luego se incorporó lentamente, quedando sentado. Se llevó las manos a la nuca, en la cual se apretó, exclamando luego:

—¡Oh!

Prolongó mucho la exclamación y dio la impresión de que se iba a desmayar nuevamente, pero fue capaz de mantenerse sentado.

Hopkins se acercó a él, le dio unos masajes en la nuca y le dijo:

—Será mejor que no te muevas. Te llevaremos al matasanos por si tienes algún hueso roto.

—¡Maldita sea! ¿Dónde está el fulano ese, que lo aplasto?

Intentó llevar la mano derecha a la axila, en donde se mantenía la pistola.

Hopkins, asustado, le sujetó la muñeca, impidiéndole el movimiento y Tob dio un grito de dolor, comprobando entonces que tenía también hinchadas mano y muñeca.

Driscoll ordenó a Hopkins:

—Apártese de ahí, Hopkins. Quiero ver cómo se mueve. Y tal vez me decida a partirle el cráneo.

Gipsy, por iniciativa propia, había comunicado con el portero para que permitiese la entrada rápidamente a Nollan.

Se oyó el ruido que producía éste, el cual entraba poco después en el antedespacho acompañado por un empleado.

Nollan se detuvo a la puerta, observando el cuadro. Adelantó luego, sintiéndose atraído por Gipsy, que se hallaba apoyada contra la mesa, junto a Driscoll.

El recién llegado se sintió con ganas de bromear y se dirigió a Jack:

—¡Cáspita! También podías haber llamado antes.

—Yo la he conocido hoy. Comprendo lo que te pasa, porque yo también me he enamorado locamente de ella.

—Eso lo hace cualquiera. Lo difícil sería verla y no enamorarse.

—De acuerdo, hermano. Eso es lo que hay.

La mirada del recién llegado se fijó entonces en Hopkins y preguntó:

—¿Qué hace aquí esta piltrafa?

—Parece que se dedica a «negocios» teatrales. Algo de «protección», ligado con no sé qué cosas de seguros y no sé qué otra cosa sindical. Tal vez quiera explicártelo.

—¡Nuestra asociación es completamente legal, no lo olvide, Driscoll! Y ya lo sabe usted también, Nollan.

Nollan no se distinguía por su paciencia, y le respondió en tono acre:

—A mí no me chille, basurita. Y si ha terminado aquí, ya se está largando. Usted no lleva armas.

El recién llegado se apoderó de las pistolas de Sacco y de Tob, a los cuales obligó a levantarse, acorralándolos luego contra una pared.

—Veamos sus licencias… —pidió Nollan.

Los dos gangsters negaron y fue Sacco quien dijo:

—He de sacarla aún. Me acabo de comprar el arma.

—Va a tener algo de suerte si no tiene antecedentes. ¿Y usted?

—Nada de nada —expresó Tob, aturdido aún.

—Vengan conmigo, muchachos. Unos días en el calabozo no les irán mal del todo.

—¡Un momento! —pidió Hopkins—. Pagaré la multa que corresponde.

—Eso no es cuestión mía, sino del juez. Hopkins se dirigió a Driscoll:

—Encárguese usted del asunto, abogado. Y ya hablaremos despacio de su proposición.

—Escuche, Hopkins. El rato de broma terminó ya. Con gentuza de la calaña de ustedes, de fuera para adentro, lo que sea. De dentro para afuera, nada. Si algún día llego a fiscal, lo sentirán.

—Usted llegará muy pronto a tener un cuadrito adornado con flores —respondió Hopkins.

Nollan actuó de manera fulminante, aplicándole una torta a Hopkins, al cual lanzó al suelo después de trastabillar.

El policía amenazó:

—¡Mucho cuidado, Hopkins! Y ahora, si quiere, busque un buen abogado y proceda en contra mía. Tiene derecho a ello y puede conseguir incluso que me expulsen del cuerpo.

El hombrecillo, aturdido aún, se levantó y se dirigió a los dos forzudos.

—No os preocupéis, muchachos. Me ocuparé del caso ahora mismo. No tenéis natía qué decir. ¿Entendidos?

Salió sin aguardar la respuesta de ellos, y no sin dirigir antes una amenazadora mirada a Driscoll, el cual hubo de contener a Nollan con el ademán.

—Ya hablaremos, Nollan. Gracias por tu rapidez.

—Está bien, Driscoll. Hasta pronto. Lo mismo le digo, rubia. Pediré un empleo en este teatro, aunque no sea más que para levantar el telón.

A continuación se dirigió a los dos gorilas.

—Vamos, muchachos. Es una pena que no tengáis antecedentes, porque os la ibais a cargar. Pero no tardaréis en tenerlos, estoy seguro. Paul Nollan no se equivoca con la gente de vuestra calaña y Jack Driscoll tampoco.

Salieron Nollan y los dos gorilas, precediéndole éstos. Jack giró, tomó de la barbilla a Gipsy y dijo:

—Eres una chica la mar de valiente.

—Bien, si quiere que le diga yo que el valiente es usted, está dicho.

—En mí era obligado…

—¿Por qué no dijo que ellos intentaron disparar contra usted?

—Estoy seguro de que Hopkins no hubiera servido de testigo. El habría asegurado que no vio nada, aunque no se hubiese atrevido a negar.

—Estoy yo como testigo.

—Prefiero no mezclarte en esto. Esa gente no perdona…

—Pero usted se ha metido duró con ellos. No imaginé que lo iba a hacer.

—Fue un impulso repentino. Era la ocasión de actuar. Hasta entonces no había existido el motivo…

—¿Le parece poco la amenaza que nos han lanzado a todos? Yo comprendí que usted les hablaba en broma. Pero yo no pude y pensé que por cinco dólares de cuota al mes, no van a hacer una barbaridad.

—Para ellos, en un caso así, la cuota no tiene importancia. Les importa que les teman y que la gente, de arriba o de abajo, calle y pague.

—Entiendo…

—Ahora voy a tener que cuidar de ti, jovencita…

—Hasta ahora me he sabido cuidar sola…

—No vas a ser arisca conmigo y te dejarás cuidar. Me preocupa tu vida.

—¿Si fuera vieja y fea, le preocuparía también? —preguntó Gipsy con una sonrisa maliciosa.

—También, pero de otra manera. Pero prefiero que seas así. Es justo como yo te había soñado…



—Cuidado, jovencito. Soy muy sensible y me va a dejar fuera de combate pronto, como a esos dos…

—Puedes desmayarte ya si quieres. Aquí están mis brazos…

—Peso lo mío, ¿eh? Y, además, quiero casarme.

—La condición es dura, pero creo que mereces el sacrificio… Rió Gipsy.

Su risa se vio interrumpida por la llamada de Morton.

—¡Señorita Gipsy! Y usted, Driscoll…

Los dos jóvenes atravesaron por el lugar que había ocupado el cristal.

Morton, que se había levantado para enterarse de todo, volvió a su sitio detrás de la mesa de trabajo.

—¡Es terrible, precisamente en un día de estreno!
—Lo han escogido precisamente por eso…
—Esa violencia con que ha actuado usted, nos puede fastidiar bastante, Driscoll.
—Ellos saben perfectamente que usted no ha intervenido para nada, y no se meterán con usted por eso. Se meterán conmigo, y si pueden hacerlo hoy mismo, no aguardarán a mañana…
Morton miró a los ojos de Driscoll y respondió:
—Sí, es posible… Tras una pausa, dijo:
—Creí que usted se iba a aliar con ellos. Me engañó.
—Lo creyó porque no me conoce. Yo no me puedo poner nunca al lado de la gentuza, ni por miedo.
—Sin embargo, le convenía. Ellos pueden hacer fracasar mi estreno e imponerle luego a usted. Tal vez Pat Mortimer, en su lugar, hubiese aceptado.
—Lo sentiría por él. Yo tengo mejor concepto de su persona.
—No lo haría por doblez. Pero él quedó cojo y su físico está deformado. Ya sabe que tuvo un accidente y que hubo de dejar las tablas por eso. Él tiene menos defensa que usted…
—Eso me hace pensar en que él tendrá que aceptar o habrá de correr los mismos riesgos que los demás.
Clive dijo tímidamente:
—¡A mí me van a perdonar! ¡Pero yo soltaré los cinco dólares y que me dejen tranquilo!
Morton no respondió y volvió a fijar su mirada *en* Driscoll. El joven se manifestó de manera categórica:
—No quiero influir en ustedes. Yo me enfrentaré coa ellos con todas las consecuencias. Si decide enfrentarse a ellos, me tendrá a su lado.
—Gracias… ¡Precisamente la noche del estreno!… Puede que a estas horas hayan hablado con Pat Mortimer, con Margie Ann, con Allan, nuestro magnífico actor. ¿Lo conoce?
—Sí, me lo presentaron en
«Sardi’s».
—¿Qué impresión le causó?
—Como actor es bueno aunque le falta temperamento. Como persona resulta un poco vano, pero parece decente…
—Lo es…

—Como hombre en el aspecto de luchar, opino que no es nadie y que pactará con ellos antes de que lo arrollen…

—Margie Ann no pactará. Es enérgica, valiente… Miró a Gipsy y dijo:

—Algo así como Gipsy… Y temo que puedo perderlas. Si yo cedo, seguramente los cubriría un poco a todos.

—Tengo una opinión diferente. Si usted cede se cubrirá usted y su teatro. Si cede Mortimer, pero no cede usted, se salvará el estreno, pero no tratarán de hacerle daño a usted… Ya ve que le hablo con toda claridad…

—¿Y no se les podría denunciar? ¿Aquí actuaron descaradamente?, ante testigos…

—Salvo alguna frase de doble sentido, y aunque el fondo es totalmente inmoral, la forma tiene apariencias legales, cualquier abogado los sacaría adelante si los denunciamos.

—Entonces, ¿estamos en sus manos?

—Yo no he dicho eso. En cuanto a los testigos, barrerán al que le estorbe, aunque para ello tuviesen que lograr un aplazamiento en el juicio. Y con cualquier truco legal, lo conseguirían…

—Yo estoy dispuesta a servir de testigo. ¡Y no pienso soltar mis cinco dólares! —exclamó Gipsy.

Jack se dirigió a la sugestiva rubia:

—Haz lo que consideres oportuno, Gipsy, pero no alardees de ello.

Sonó el timbre telefónico. Gipsy tomó el aparato en su diestra y una vez cambió las frases iniciales con el que llamaba, alargó el microauricular a Morton.

—Pat Mortimer. Yo diría que está asustado.

Escuchó Morton atentamente, aumentando la preocupación que reflejaba su rostro, y se limitó a responder:

—Tome un taxi y venga para aquí. Conozco el asunto.

Aún no había colgado el teléfono cuando sonó el timbre de otro de los aparatos. Gipsy, antes de tomarlo, dijo:

—Ahora será Margie Ann Lee…

La linda secretaria nombraba siempre a la actriz por sus dos nombres y el apellido.

Sonrió al comprobar que no se había equivocado y ofreció el aparato a Morton, el cual escuchó lo que le decía la primera actriz.

Cuando hubo acabado la artista, respondió:

—Sí, Margie Ann. Ven tú aquí. Yo también tengo un traje de esa tela. Y Mortimer. Nos remiremos aquí.

Estoy aguardando a Mortimer… No, Allan no ha llamado…

Cuando Morton hubo colgado el aparato, miró a Gipsy y a Driscoll y anunció:

—A Mortimer le piden mil quinientos dólares mensuales y el quince por ciento de los beneficios…

—¿Es que se han vuelto locos? —preguntó Gipsy.

Clive, por lo corriente poco hablador, sobre todo si se trataba de cosas que concernían al teatro o a Morton, exclamó:

—¡Más que a usted!

—Sí, más que a mí. Clive, ve a tu sitio y no te muevas de él.

—Sí, míster Morton.

—¡Ah! Si me entero que sueltas un solo dólar a esa gentuza, te despido. ¡Y te denuncio a la policía como cómplice de ellos!

El rostro del empleado reflejó un gesto de terror indescriptible, a pesar de lo cual, respondió:

—Sí, míster Morton.

—Cuando les tengas que responder les dices que yo te lo he prohibido, que se encaren conmigo.

—Sí, míster Morton.

Cada respuesta de las que fue dando Clive, se fue produciendo en tono más bajo hasta llegar a la última que casi no se le oyó.

El asustado empleado giró lentamente y se alejó, gacha la cabeza, caídos los brazos, dando la impresión de que le temblaban las piernas.

Morton exclamó:

—¡Mírenlo! ¡Ni que lo llevaran a la silla eléctrica! ¡Serán ellos los que morirán allí! Morton se fue exaltando, dio un manotazo en la masa y se sentó, secándose con un pañuelo el sudor que perlaba su frente.

Driscoll experimentó compasión por el empresario y le dijo:

—Comprendo que arriesga usted mucho, Morton. Puede ceder o fingir que cede. Yo me las entenderé con ellos.

—¡Nada de eso! Confieso que tengo miedo, pero no seré yo quien de un mal ejemplo… Si cedo ahora estaré perdido para siempre, no volveré a confiar en mí mismo. He luchado aquí por

mantener un buen teatro contra viento y marea, y no voy a ceder ahora ante unos repulsivos reptiles…

Volvió a mirar a los dos jóvenes y dijo más sosegadamente:

—Me gustaría tener la juventud y la pujanza de ustedes… Pero aún sin ello, no me doblegaré…

Se oyeron pasos en el exterior y Clive asomó para anunciar:

—Míster Patrick Mortimer.

El ex actor y autor, entró cojeando, apoyándose en un bastón con contera de caucho.

Estaba demudado y a guisa de saludo, dijo:

—Mil quinientos dólares y el quince por ciento. Aún queriendo aceptar, me resultaría imposible…

Driscoll le había acercado una silla y el hombre se dejó caer en ella.

CAPÍTULO IV

—¡Mil quinientos dólares! Y me los exigen para esta tarde si no quiero que me estropeen el estreno…

El empresario ofreció:

—Si desea transigir y no tiene el dinero, yo se lo puedo adelantar.

—¡No, es imposible! Quieren el quince por ciento de mis beneficios, además. Tratan de asfixiarme, de terminar conmigo.

Driscoll frunció el entrecejo levemente y dijo:

—Da la impresión de que lo que pretenden, es que usted no acepte para meterse con usted. Le sentarán la mano y por ese medio aterrorizarán a los demás.

—¿Y por qué a mí precisamente? —preguntó Mortimer.

—Su pregunta tiene un interés. ¿Por qué a usted precisamente?

—Hay autores que ganan mucho más dinero que yo —manifestó el recién llegado.

—Y empresarios que ganan bastante más que yo, y *eso*, en el mundillo teatral, lo sabe todo el mundo —manifestó Morton—. Todos saben que arte y dinero, al menos en teatro, están reñidos generalmente.

—Ellos tenían que empezar con alguien porque no hay duda que la cosa está en sus comienzos. Pero ¿por qué precisamente con ustedes? —preguntó a su vez Driscoll.

—Si buscan de verdad el dinero, es a la peor puerta a que han podido llamar —intervino Gipsy.

—Gipsy lo sabe mejor que nadie —respondió Morton, señalando a la espléndida rubia.

—¿Fue a verle un hombrecillo llamado Erle Hopkins? —preguntó Driscoll a Mortimer.

—El mismo.

—¿Solo?

—No. Iban con él dos fulanos de los que Lombroso hubiera señalado como criminales natos —respondió Mortimer.

—¿A qué hora?

—Cuando llamé por teléfono terminaban de irse. Fue una entrevista corta y borrascosa.

—¿Han creado muchos enemigos dentro de la profesión?

Tanto Morton como el autor se miraron, y luego se encogieron de hombros. Respondió Mortimer por los dos:

—¿Y quién puede saberlo? A veces te puede odiar de manera salvaje alguien porque en la obra no hay un papel para él. O si lo hay, no es el papel que él desearía para su lucimiento…

—A veces basta que se corrija a alguien para que te aborrezca —completó el empresario.

—Ustedes han conocido mucha gente que les habrá mirado con aborrecimiento momentáneamente. Pero poca de esa que cuando odian es para siempre y no perdonan. Es ese tipo de persona el que me interesa —pidió Driscoll, mirando a los dos hombres.

Ambos reflejaron perplejidad. Driscoll se dirigió a la rubia:

—¿Gipsy?

—No puedo decir. Llevo relativamente poco tiempo aquí. Y no estoy en contacto con toda la fauna teatral, sino con una parte muy reducida de ella…

Instantes después entraba una bella mujer que, como mucho, podía tener veinticinco años.

Morena, de tez muy blanca, ojos grandes y expresivos y sugestiva figura, algo más fina que la de Gipsy, vestía elegantemente sin lujo, y apenas si llevaba un par de alhajas.

Casi sin aliento, dijo:

—¡Me piden mil dólares mensuales! ¿Es que se han vuelto locos? ¡No lo eché a rodar por la escalera porque los dos forzudos imponían un poco! Fue una verdadera lástima que no estuviese preparada.

—¿Le han dicho de qué se trataba? —preguntó Driscoll.

—En realidad, no les he dado ni tiempo. Tomé el teléfono dispuesta a llamar a la policía. Me lo quitó uno de los gorilas, y el viejo me amenazó. Me ha anunciado su visita para esta noche.

—¿No le ha dicho cuándo? —inquirió Driscoll.

—No.

—¿Tiene algún enemigo que la odie?

—No lo sé. Procuro portarme bien con la gente… ¿Usted es Driscoll?

—El mismo.

—Me hablaron bien de su obra…

—Gracias. Pero creo que la guardaré hasta que termine con esa gentuza.

—¡Es verdad! Creo recordar que usted fue policía…

—Sí, me expulsaron…

—Lo oí comentar. Fue un asunto de faldas… La actriz se dirigió a Morton, diciendo…

—¿Recuerda aquella rubia que quería ser actriz por todo y por todo? Tenía, y supongo que seguirá teniendo, una figura espléndida…

—Judy Morlay —concretó Driscoll.

—¡Eso es! Usted tiene mejor memoria que yo, Driscoll. Iría estupendo para actor.

—Yo pienso que sería un desastre. Pero la cosa me tocó muy de lleno, me llegó a lo íntimo y es natural que recuerde…

—¡Qué tonta soy! Tiene usted razón… A veces la veo a ella por ahí. Continúa yendo por
«Sardi's».
Así debe hacerse la ilusión de que es artista. ¡Pobre muchacha!

—Yo también la veo a veces. Suele ir a las peleas que se celebran en «Madison Square Garden». No falla a su silla de *ring*, cueste lo que cueste y se exhibe bien allí.

En la voz de Driscoll había un dejo de amargura, y por un instante frunció el entrecejo. Pero volvió a sonreír cuando las piernas de Gipsy, que se había sentado en una mesa, se balancearon en el aire, atrayendo sus miradas.

El entrecejo de Pat Mortimer se frunció levemente al decir:

—Recuerdo a esa chica. Quiso que le diese lecciones y se las di. Trató de pagarme espléndidamente y no le admití un dólar. Cuando me di cuenta de que no tenía madera, la desengañé. Temo que no me lo agradeció en absoluto.

Margie Ann, sin darle importancia a la cosa, dijo:

—Yo no voy a «Madison Square». El boxeo me pone enferma. Pero la veo en «Sardi's» acompañada preferentemente por deportistas sobre todo, pugilistas… Ella se considera también una notabilidad al verse rodeada de admiradores, y puede que sea feliz así y haya olvidado su fracaso…

—¿Qué dice usted de ella, Morton? —preguntó Driscoll al empresario.

—No sé… La chica quiso ser actriz y me la presentaron cien veces. Creo que le di su oportunidad en tres ocasiones y fracasó. Ella no lo vio así… Aseguró que no eran papeles para ella…

Señaló para Mortimer.

—Poco después sufrió Mortimer su accidente y se dedicó a escribir. Ella tenía fe en Mortimer como autor y me dijo que pidiese a Mortimer una obra escrita para ella. Me quería dar el asunto, se ofreció a pagar los gastos de montaje de la obra…

—No me dijo usted nada de eso —manifestó el ex actor.

—Usted tenía otras cosas en qué pensar. Y no le iba a pedir que escribiese para una actriz, que además no es actriz. Usted tiene que escribir teatro, Mortimer. No escribir para ésta o la otra figura, porque eso lo estropearía. Ha destrozado a otros…

—Cierto —admitió el autor.

—Ya lo sabe usted, Driscoll —dijo el empresario.

—¿Cómo se libró de ella?

—Le dije que yo hacía arte. Que fuese a una buena academia y que cuando fuese actriz, que viniese… No podía quitármela de encima de otra manera. Ella…

Iba a decir algo, pero miró primero para Margie y después para. Gipsy, temiendo ser demasiado explícito.

Movió la cabeza como disculpándose y dijo:

—Ella tiene pocos prejuicios y es capaz de todo con tal de llegar adonde sea. La creo capaz de desnudarse en el *ring* del Madison y dirigir una pelea de boxeo con la sala, abarrotada de público si ello le podía beneficiar a sus fines.

—Y con más motivo se desnudaría ante un empresario o un autor, ¿no es eso? No me asombra porque he conocido gente de ésa, demasiada, por desgracia —señaló Gipsy.

Tanto la rubia como Morton se disculparon con la mirada ante Driscoll, el cual respondió:

—No se deben preocupar por mí. La conozco mejor que ustedes y aquello pasó, afortunadamente.

La actriz varió repentinamente el rumbo de la conversación, cosa corriente en ella, aunque entonces fue para centrarla sobre el objeto de su visita.

Se dirigió a Morton:

—¿Qué piensa hacer, «papi»? ¡Yo estoy dispuesta a no ceder!

—Yo tampoco cederé —aseguró Morton.

—Yo no puedo ceder. Sería mi ruina, —se lamentó Mortimer. Driscoll se dirigió al actor en tonillo irónico, para decirle.

—Si yo cedo, están dispuestos a colocarme en su sitio.

El autor clavó la mirada en Driscoll, al cual observó detenidamente, diciendo al final:

—Usted no cederá, Driscoll. Estoy seguro de ello.

—Gracias por el buen concepto que se ha formado de mí.

—Estoy seguro de que es el que usted merece.

Gipsy miró con entusiasmo a Driscoll y balanceó sus piernas, atrayendo, sin pretenderlo, las miradas de todos.

Margie Ann suspiró, miró a Gipsy y luego a Driscoll, diciendo a continuación:

—Me gustaría que se enamorase de mí, así, de pronto, un hombre joven y sano de cuerpo y de espíritu. Si me hubiese fijado antes en usted, Driscoll, le hubiese pedido que se enamorase de mí de esa manera… Pero ahora he llegado tarde. Mi enhorabuena, Gipsy.

—Gracias, Margie Ann. A él le atrajeron mis piernas, pero yo le demostraré que una verdadera mujer es bastante más que unas piernas más o menos perfectas —respondió la rubia con una sonrisa graciosamente picaresca.

Driscoll respondió a su vez a la actriz.

—Yo me hubiese enamorado de usted sin necesidad de que me dijese nada. Pero la veía demasiado ausente de sí misma. La prueba es que ha hablado usted conmigo varias veces y hasta hoy no me ha visto.

La actriz sonrió con expresión encantadora.

—Tenga en cuenta que vivo muchas veces dentro de mis

personajes y entonces no soy yo. Ahora mismo, con mi nuevo personaje, no soy yo nada más que a ratos. Cuando estrene esta noche y entre totalmente dentro de él, Margie Ann Lee quedará anulada como tal durante un montón de días…

Rápidamente se dirigió a Gipsy, diciéndole:

—Usted es diferente. Es toda vitalidad y ni siquiera este monstruo de Morton ha logrado anular tal vitalidad.

—A veces pienso que es ella la que me anula a mí —respondió el empresario—. En realidad, manda aquí más que yo.

Rió satisfecho y después se dirigió a Mortimer:

—Tiemble, Mortimer, porque con toda su calidad de actor, como ella se empeñe en imponer a Driscoll, usted, estará perdido.

—Afortunadamente hay sitio aquí para los dos. Le dije en más de una ocasión, Morton, que usted no podía estar en manos de un solo autor, aunque tal autor fuese yo —respondió Mortimer.

—Me gusta su personaje, Mortimer. Me va —aseveró la actriz.

—A usted le van todos los personajes. Estoy tranquilo en ese sentido.

—Me tengo que frenar un poco. No me gusta anular a Allan, pero él peca de frío. Cuida excesivamente la forma y un actor tiene que entregarse más aún al fondo que a la forma —opinó Margie.

El empresario, fijo en su obsesión, recordó:

—Allan no ha llamado. O no lo han visitado o ha cedido. Para mí que ha cedido… Sonó el teléfono, lo tomó Gipsy y poco después lo alargaba a Driscoll:

—Para usted.

—Gracias, cariño.

Se oyó retumbar en el auricular la voz del que hablaba a la otra parte del hilo y Gipsy comentó:

—El sargento Nollan tiene buenos pulmones y es tan atlético como el propio Jack.

Tendré ocasión de presentárselo, Margie Ann. Si no tiene inconveniente, naturalmente.

—Si es joven y apuesto y, además, es sano de espíritu, ningún inconveniente. Admiro a los policías cuando reúnen todas esas condiciones —terminó diciendo con maliciosa sonrisa.

Guardó silencio para escuchar la respuesta que daba Driscoll por teléfono, el cual decía en aquel momento:

—Si han pagado la multa y el juez cree que debe ponerlos en libertad, no quiero intervenir en contra, que los suelte. Pero quisiera que les pusieses a los talones un par de buenos sabuesos que nos pudiesen informar de sus movimientos, aunque el juez haya de retenerlos hasta que los prepares.

Manifestó Nollan su conformidad y Jack se despidió:

—Nos veremos luego. Te buscaré para ir al restaurante… ¡Ah! Parece que Hopkins dispuso enseguida de otros dos gorilas y los ha llevado con él a hacer otras visitas.

Tras otras palabras de Nollan, se despidieron definitivamente por el momento.

Se produjo un lapso de silencio que cuando se disponía a romperlo Driscoll, se le adelantó el teléfono. Mortimer dijo:

—Tal vez sea Allan.

Gipsy tomó el aparato telefónico y estuvo escuchando, señalando un gesto duro en su rostro a medida que escuchaba.

Al fin exclamó:

—¡Sucia cucaracha! ¡Lo ahogarán a usted en una escupidera! Se lo digo yo, Gipsy Craig.

Ahora ya lo sabe.

Colocó el tubo sobre la horquilla, cortando la comunicación de manera brusca, e informó:

—Hopkins apremia. Volverá a llamar esta tarde, y si no hay arreglo, dice que mañana estarán las flores más caras.

—Mi impulsiva Gipsy. Debiste pasarme el teléfono a mí. Has estado contundente, pero los nervios han mandado demasiado y no es conveniente —manifestó Driscoll.

Gipsy admitió:

—Tienes razón. Esto es cosa tuya, pero ya sabes, debes contar conmigo. Estaré a tu lado siempre.

La actriz rió alegremente a la vez que decía:

—¿No resulta maravilloso? Me gustaría poder decirle eso a un hombre, pero de verdad del todo, fuera de las tablas. Que fuese Margie Ann Lee la que lo dijese.

—Le presentaremos a Nollan esta noche. Él es combativo y le encantará oírle decir una cosa así de verdad.

La actriz volvió a reír y preguntó a Gipsy:

—¿Debo balancear mis piernas?

—Cada mujer tiene sus armas propias. Y sus piernas no tienen nada que envidiar a las mías —respondió jovialmente la rubia.

La actriz paseó y Gipsy, tras contemplarla en plan cómicamente crítico, dijo aún:

—Y su carrocería, como dijo uno de los gorilas, puede ser el modelo justo que le entusiasme a Nollan.

—Es usted muy amable, Gipsy.

Morton escuchaba a las dos mujeres reflejando en su semblante vivo asombro. Al fin dijo:

—¿Es cierto lo que estoy oyendo? Nos estamos jugando nuestro futuro, ¿y pueden pensar en esas frivolidades?

—Nada de frivolidades, «papi». Esto va en serio, muy en serio, y se trata también de mi futuro —respondió la actriz.

Driscoll carraspeó reclamando la atención de todos y preguntó a continuación:

—Así pues, ¿dispuestos a dar la batalla?

—Sí —fue la respuesta unánime.

—¿Dejan en mis manos la dirección?

—Sí —expresó Morton.

—Estupendo. No den respuestas definitivas, ni se muestren acres. Den largas a las cosas. Que no adviertan miedo, pero tampoco agresividad.

—La agresividad se la dejaremos a usted —manifestó Morton.

—Estupendo, míster Morton. Advierto que me han comprendido estupendamente.

—¿Va a actuar usted sólo contra ellos? —preguntó Mortimer asombrado.

—No. En algunas acciones parciales pienso apoyarme en las autoridades. Pero no intentaré llevarlos ante un jurado hasta que no tengamos pruebas concluyentes.

—Me parece estupendo —dijo Morton.

—Cada uno de ustedes se debe cuidar particularmente. No pasar por pasajes solitarios, ni salir a altas horas de la noche.

—¿Y si pedimos protección a la policía?

—La van a tener; pero ustedes deben facilitarles a ellos tal protección. Todos mostraron su aprobación con el gesto.

—Sin que pierdan los nervios, deben pensar en que cualquier persona puede estar comprada por ellos. En un hotel, en la

peluquería, incluso entre los empleados del teatro.

Gipsy arrugó la naricilla y dijo:

—Yo me encargaré de vigilar por aquí dentro a la gente.

—Pues nada más por el momento. Ahora voy a salir para entrevistarme con Nollan. Les deseo suerte, creo que la necesitamos todos…

—Opino que sí —dijo Morton—. A no ser porque está casi todo el teatro vendido, suspendería el estreno.

—Creo que no podemos retroceder. Hacer tal cosa significaría demostrar que les tenemos miedo. Y ellos, que sin duda comienzan, se crecerían…

Mortimer consultó su reloj y se dirigió a Margie:

—¿Quiere que demos un repaso a esas escenas clave?

—Tendré mucho gusto en ello. Así nos olvidaremos un poco de esas cucarachas…

—Es casi seguro que Allan esté ya en el escenario —apuntó el autor. Driscoll se dispuso a salir. Morton le indicó:

—Deje ahí su comedia, Driscoll. Mejor dicho, entréguesela a Gipsy y ella se encargará de encontrar los ratos para que yo pueda leerla con tranquilidad…

—Había pensado guardarla hasta que terminase la amenaza…

—Con amenaza o sin ella, la vida del teatro debe seguir a su ritmo normal. Y yo había decidido leer su novela antes de que nos interrumpiese el «secretario».

Jack entregó el Original a Gipsy.

—Cariño. Ahí está encerrada nuestra boda. Gipsy sonrió al tomar la comedia y recordó:

—No olvides de traer esta noche a Nollan.

—No lo olvidaré.

Al pasar por el antedespacho vio a Clive, en su mesa cerca de la puerta de comunicación, arreglando unos papeles apresuradamente.

—Hay que dejar a un lado el miedo, Clive.

—Sí, míster Driscoll. Unos pueden hacerlo y otros no. Temo que yo soy de esos que no.

CAPÍTULO V

La furgoneta para los detenidos había quedado en una callejuela próxima al «Comedy Theatre», poco o nada visible para el público que debía entrar precisamente por la fachada principal situada en Broadway.

En la furgoneta había quedado el conductor y un policía de paisano, que paseaba arriba y abajo, golpeando vigorosamente de tanto en cuanto con sus pies en el suelo para ahuyentar el frío de ellos.

El hombre miraba de tanto en cuanto con gesto melancólico para la entrada de artistas, en la parte interior de la cual había un portero que, bien abrigada en su garita, no pasaba frío alguno y veía de cerca a las lindas artistas que entraban.

En la fachada principal del edificio apenas si había un par de policías uniformados, además de la pareja que era habitual.

El público, público de noche de estreno, se aglomeraba en las entradas de la sala, desapareciendo rápidamente en el interior del edificio por las diferentes puertas.

Driscoll, estratégicamente situado, vigilaba. No lejos de él se hallaba Nollan, de paisano.

De paisano también, se veían seis mocetones de constitución atlética que se hallaban pendientes tanto de las miradas de Driscoll como de las indicaciones de Nollan.

De vez en cuando uno de los mocetones actuaba a una simple mirada de Nollan. Indefectiblemente sacaban de la fila a algún hombre al cual despojaban de un grueso palo, haciéndoles a continuación una advertencia y permitiéndoles la entrada.

En poco tiempo se recogió una buena cosecha de palos, todos iguales, como fabricados en serie.

A una señal de Driscoll, fueron sacados de la fila dos hombres. Uno de los policías pidió amablemente, mientras un compañero vigilaba:

—La licencia de uso de armas.

Los dos hombres se miraron y uno de ellos respondió:

—El fulano éste no sabe lo que dice. El policía mostró su insignia y recalcó:

—La licencia de uso de armas. Si oponen resistencia sucederá lo peor con toda seguridad.

—No llevamos armas —mintió uno de ellos.

—En marcha hacia el callejón, sin llamar la atención y sin intentar resistiros.

Poco después los dos hombres, desposeídos de sus armas, eran esposados y metidos en la furgoneta.

Siguieron a poco dos parejas más.

Se acercaba la hora de ser levantado el telón cuando ante la vista de Driscoll hicieron acto de presencia Earle Hopkins y Loy Sacco.

A Driscoll le bastó una mirada para adquirir el convencimiento de que el de las orejas abullonadas iba desarmado.

Saludó el joven amablemente a Hopkins.

—¿A cultivar el espíritu, Hopkins?

—Precisamente. No todo ha de ser hacer negocios.

—¿Le interesa un pequeño cargamento de madera? Hemos hecho buena cosecha esta noche.

Hopkins, que había descubierto los palos hacía un instante, había palidecido ligeramente, respondiendo:

—No vengo en plan de negocios. Además, no entiendo el artículo.

—Puede que no tarde en entenderlo —intervino Nollan.

SI hombrecillo sonrió de mala gana y saludó:

—¡Hola, Nollan! Usted siempre tan oportuno.

Driscoll señaló con su mirada a una mujer joven que trataba de escurrirse hábilmente. Nollan tuvo bastante con una simple ojeada para decirle:

—¡Eh, pájara! ¡Ven para aquí y enséñame tu licencia para usar armas!

—Usted está loco, polizonte.

—Lo dicho, nena.

—No hay nada de eso…

Uno de los policías había acudido al momento y Nollan indicó a la mujer:

—Sigue a ese mozo hasta el callejón. No intentes zafarte porque llevarás a otro pegado a los talones. Y peor para ti si tienes antecedentes. Imagino que sí los tienes… La mujer palideció intensamente, pero no osó resistirse y siguió al policía.

Sacco, que daba la impresión de que iba desnudo al faltarle el arma, acusó tal sensación y hubiese retrocedido a no haber sido por una mirada imperativa de Hopkins.

Antes de que reanudasen la marcha, dijo Driscoll:

—Mis saludos a Tob Foster. Siento que no pueda asistir al estreno. Tal vez se le hubiesen despejado un poco las nieblas de su cerebro. El teatro enseña a todos, hasta a los gorilas…

—Le daré su recado —respondió Hopkins con expresión incisiva —. Vamos, Loy. Driscoll se dirigió al granuja:

—Un momento aún, Hopkins. Como no quiere comprar el cargamento de madera, lo distribuiré entre algunos buenos amigos que están esperando por ahí. La cosa puede tener gracia.

—Una gracia loca. A mí me está retozando ya la risa por el cuerpo.

Tras su contestación, sin aguardar a más, siguió a Loy que se le había, adelantado. Driscoll se dirigió a Nollan:

—La chica tiene antecedentes, lo sé.

—Lo siento por ella. Así aprenderá. Trataremos de que no se la juzgue con demasiada severidad. Un par de meses a la sombra le servirán para meditar. Y será una suerte para ella, porque así no caerá en el lío —manifestó Nollan.

Ambos amigos guardaron silencio y cambiaron una mirada de inteligencia al ver un coche lujoso que se detenía ante la puerta principal.

Se abrió una portezuela y saltó de ella Warner Walsh, el teniente de policía expulsado del cuerpo por irregularidades.

Vestía de manera impecable y se apresuró a tender la mano diestra para ayudar a apearse a una espléndida rubia de aspecto sensacional, vestida con gran lujo y cuyo tocado iba cuajado de joyas.

El chofer cerró la portezuela y el coche arrancó suavemente, silencioso, dejando lugar al automóvil que le seguía.

La rubia se colgó del brazo de Walsh y avanzó sonriente, de manera espectacular. Le dispararon dos fotografías tal que si se tratase de una estrella.

Marchó sonriente hasta que su mirada se cruzó con la de Driscoll, que, en su puesto de observación, sonreía con expresión irónica.

Walsh vio también a Jack y su mirada, de sonriente, se tornó en agresiva.

Cerca ya la rubia y Walsh de la entrada, se adelantó Nollan a recibirlos, inclinándose ligeramente ante ellos.

—Por favor, ¿quieren hacer el favor de seguirme por aquí?

—¿Qué significa esto, Nollan?

—Míster Nollan para usted, míster Walsh —corrigió el policía.

Uno de los policías de paisano siguió a Judy Morlay y a Walsh, los cuales iban a su vez tras de Nollan.

En un rincón del vestíbulo, fuera de las miradas curiosas, pidió Nollan a Walsh:

—¿Me hace el favor, su licencia para uso de armas?

—No estoy usando ningún arma.

—Como chiste no está mal del todo. Aunque han pateado algunos mejores. Lo dicho.

—Sabe usted perfectamente que no la llevo.

—Pero lleva arma. No querrá que le cachee.

—Sí, llevo arma.

—Entonces tendrá la bondad de seguirme.

—Pagaré la multa ahora mismo.

—Es el juez quien lo decidirá.

Nollan se inclinó ligeramente ante Judy, disculpándose:

—Siento dejarla sin compañía, a menos que desee acompañarnos. Aunque estoy seguro de que usted sí lleva licencia.

—Llevo licencia y arma.

—¿Me permite echar un vistazo a su licencia?

Judy extrajo del bolso la licencia, que entregó a Nollan, el cual la devolvió tras echarle un vistazo.

—Corriente. Gracias, señorita Morlay. Si desea protección, puedo dedicarle a uno de nuestros hombres.

—Sé protegerme bien sola.

—Lo celebro. Gracias por su amabilidad. A sus órdenes.

La sugestiva rubia contuvo la amenaza que afloró a su boca y se despidió de Walsh, diciendo:

—Me ocuparé inmediatamente de esto.

—Está bien. Me reuniré contigo lo antes posible.

Walsh, tratando de ocultar la humillación que vivía, entregó el arma al policía y lo siguió hasta el exterior, en donde dijo:

—Tengo el coche ahí…

—Nosotros tenemos la furgoneta oficial. Irá en ella con los demás.

—Está bien. Gracias por todo —respondió irónico.

Por su parte, Judy se encaminó hacia el interior de la sala.

Al llegar a ella divisó a un hombre entrado en años, de aspecto impresionante, el cual le sonrió al vería.

Correspondió ella con una sonrisa invitadora y el hombre dejó a los amigos con que estaba reunido.

—Míster Hudson. Necesito de sus servicios.

—Me tiene a su disposición, señorita Morlay.

—Se trata de Warner… Creo que conoce usted el asunto de Driscoll, un despechado…

—Oí hablar de la cuestión…

—El chico se vale de sus antiguas amistades en el Cuerpo para fastidiar; y esta noche se ha metido con Warner de manera absurda.

Volvió a sonreír prometedoramente y le explicó lo que sucedía; a continuación añadió:

—Me gustaría dar una lección al tal Driscoll. Quisiera que Warner se pudiese reunir con nosotros aquí, en el mismo teatro. Luego nos iríamos juntos.

—Trataré de lograrlo…

—Usted puede conseguirlo si quiere. Tiene influencia, amigo Hudson. Le aseguro que le quedaré muy obligada.

La espléndida mujer mostró a Hudson la punta de su roja lengua y volvió a sonreír.

—Me gustaría que actuase rápidamente. Ahí fuera está el sargento Nollan. Hudson frunció el entrecejo levemente y dijo:

—Le conozco. El hombre es duro…

—Usted puede ablandarlo. Inténtelo por mí… Y por usted —

añadió en voz queda. Hudson tragó saliva, miró con expresión de avidez a Judy y prometió:

—Lo intentaré ahora mismo.

A pesar de su influencia y de su personalidad, costó no poco a Hudson acercarse a Nollan, al cual saludó amablemente:

—¿Sargento Nollan?

—El mismo. ¿En qué puedo servirle?

—Soy Lewis Hudson, abogado.

—Le conozco, míster Hudson.

—Me he hecho cargo del asunto de Warner Walsh. Deseo pagar la multa y que le ponga en libertad.

—Es cosa del juez, míster Hudson. Usted conoce el procedimiento perfectamente.

—Y sé muy bien qué es lo que puede y lo que no puede hacer usted.

—Y yo también.

—Le pido por favor que lo haga.

—Lo siento, míster Hudson. Hay otros detenidos en sus mismas circunstancias y no debo hacer excepciones.

—Puede confiarme a Walsh y yo lo llevaré ante el juez rápidamente en mi coche…

—Confío en su palabra, pero no debo hacer excepciones…

—¡Entonces exijo que se le lleve inmediatamente ante el juez!

—Estoy cumpliendo una misión, míster Hudson. Llevaré a los detenidos cuando deba hacerlo. Haga el favor de acompañarme.

Llevó al abogado hasta el lugar en donde habías sido amontonados los palos.

—¿Ve usted eso, míster Hudson?

—Lo veo perfectamente.

—Se trataba de alterar el orden en el teatro siguiendo un plan preconcebido. Hay detenidas siete personas más, aparte del señor Walsh, por llevar armas sin licencia…

—Bien. Eso no quiere decir que Walsh formase parte del complot.

—No le he acusado de tal cosa ni soy yo quien debe decidir su culpabilidad. Y ahora le ruego que me dispense.

Estaba próximo el momento en que se debía alzar el telón y la aglomeración había desaparecido, haciendo más fácil la labor de la

policía.

Aun fueron despojados seis hombres más de sus correspondientes palos y otro fue detenido por llevar arma sin licencia, todo ello en presencia del abogado.

Estuvo a punto de retroceder Hudson, pero la prometedora actitud de Judy le decidió a seguir adelante y pidió su coche.

Una vez el abogado hubo desaparecido de su vista, Hollan se dirigió a Driscoll:

—Voy a avisar por teléfono al juez, advirtiéndole la clase de cargamento que le envío y haciéndole memoria sobre la personalidad de Walsh. Ni añadiré, ni quitaré, pero haré lo posible porque Judy no se burle de nosotros. El juez de guardia es de los que se baten en primera fila en defensa de la Ley y rió se deja impresionar por nadie.

—Enhorabuena.

—Creo que te puedes ir ya para dentro. Quiero informar al juez antes de que Hudson llegue allí. Llevaré personalmente a los detenidos y estaré de vuelta tan pronto pueda.

—No olvides que quiero presentarte a Margie Ann Lee… Nollan se sintió halagado y dijo:

—Si esa chica me mirase nada más que con un poco de simpatía, apretaré de firme en el estudio hasta que llegue a merecerla.

—Ella quiere un espíritu limpio y un cuerpo sano y, a ser posible, atrayente. Tú eres mi candidato. Estoy seguro de que quedaré bien.

Ambos amigos se estrecharon las manos y Driscoll penetró en la sala, mientras que Nollan se dirigía al teléfono.

Gipsy salió al encuentro de Jack, entregándole una localidad.

—Está detrás de la que ocupa una rubia imponente. Ten cuidado, porque vigilo.

—Imagino que la rubia es Judy Morlay. No hay peligro, ni lo habría aunque no fuese ella.

—Hay una localidad libre al lado de ella…

—Supongo que será la de Walsh.

—Luego quedan Hopkins y uno de los gorilas que le acompañaban esta mañana.

—Celebro tener a la cucaracha al alcance de mi mano.

—A tu lado derecho, como si la protegiesen a ella, quedan dos

gorilas que parecen de cuidado. Mortimer y Margie Ann aseguran que son los que acompañaban al hombrecillo cuando les hizo la visita.

—¿Cómo se habrán podido colar esos fulanos? Porque es seguro que llevarán armas…

—No me extrañaría que las llevasen…

—Aguarda y veré a Nollan un momento.

Lo encontró cuando Nollan salía del teléfono. Y poco después los dos gorilas eran invitados a salir al vestíbulo con el sargento.

Pasaron a poco a engrosar el grupo de los detenidos.

Driscoll volvió a la sala y apenas había tomado asiento en su localidad, se levantó el telón lentamente.

La escena se hallaba sola. A poco salió Allan Baker.

Judy, que se había dado cuenta de que se habían llevado a los dos gorilas que protegían su espalda, se volvió a ver quién se había sentado detrás.

Al reconocer a Driscoll dominó un instintivo movimiento de pánico y luego lo miró reflejando odio y despecho.

Entró en escena Margie y dio la impresión de que el teatro cobraba vida. Entre el público se había producido un leve murmullo de expectación que Hopkins trató de acallar siseando.

CAPÍTULO VI

Apenas si iba el acto por la mitad, Hopkins, que no había advertido la presencia de Driscoll, comenzó a rebullir inquieto en su asiento y a hacer comentarios desfavorables a la obra y a los actores.

Los hacía en voz baja dirigiéndose a Sacco, tratando de crear un ambiente desfavorable.

En una de las ocasiones se dirigió a Judy, aunque dando la impresión de que no la conocía.

Levantó ligeramente la voz para decir:

—Esto no hay quien lo aguante.

Judy se mantuvo rígida, sin osar responder.

Como obedeciendo a una consigna, gente hábilmente repartida por el patio de butacas, comenzaron a producirse de modo semejante.

La obra iba calando en el público, aunque atravesando un momento difícil, demostrando que Hopkins había sabido escoger el instante de iniciar el ataque.

Comprendió Driscoll que debía actuar rápidamente y adelantó un brazo, tocando al hombrecillo en el hombro que tenía, al alcance de su mano.

—Cállese hasta el final del acto, o lo aplasto, cucaracha.

Hopkins, que no esperaba escuchar la voz de Driscoll, produjo un respingo y se hundió en la butaca para permanecer inmóvil y silencioso durante el resto del acto.

La gente ge Hopkins, falta de algunos de sus elementos y desposeída de sus palos, fue recibiendo advertencias poco amigables por parte de la gente que había preparado Driscoll.

En una localidad alta, uno de los que intentaban perturbar, fue sacado a empellones y quedó en un pasillo fuera de combate,

sangrando por una brecha que le abrieron en la cabeza.

Pasó el momento difícil de la pieza teatral y los espectadores comenzaron a mostrar su complacencia con murmullos de aprobación.

Al final del acto, en el que Margie Ann rayó a gran altura arrastrando con ella a Allan, que llegó a salirse de su peculiar manera de trabajar, la gente de Hopkins y éste mismo trataron de iniciar un siseo que en un principio llegó a impresionar.

Pero el público reaccionó pronto, dominando los siseos, arrollándolos con los calurosos aplausos y las frases de admiración.

Hopkins, totalmente derrotado ante el entusiasmo del público, por momentos mayor, se hundió materialmente en su localidad.

Se levantó el telón varias veces entre salvas de aplausos cada vez más ruidosos y sinceros, hasta que al fin se fueron calmando los ánimos.

Se produjo una discusión en otra localidad, de las altas y dos hombres más fueron golpeados, teniendo que salir por pies para escapar a un mayor castigo.

En tal momento hizo su aparición Nollan en el patio de butacas, avanzando por el pasillo hasta la localidad que ocupaba Jack, el cual, a tiempo que iniciaba la salida al pasillo, dijo en voz alta:

—Nos hemos anotado el primer *round* por un amplio margen de puntos.

Judy se levantó de manera airada, mirando en torso, tratando de descubrir a Hudson.

Al no verlo, salió al pasillo y caminó de manera briosa a tiempo que extraía un cigarrillo de una pitillera de oro.

Driscoll y Nollan se estrecharon las manos efusivamente. En la mirada de Nollan, brillante de entusiasmo, adivinó que todo había ido bien.

Tomó Jack al policía de un brazo y se lo llevó hacia una salida por la que tenían paso para los camerinos y en la cual apareció Gipsy.

—Vamos. Vas a ser presentado a Margie.

—¡Es maravillosa! Apenas si he visto el final, pero te aseguro que estoy emocionado.

—¡Eso es mejor que nada! Quien es capaz de emocionarse puede llevar su emoción a otra persona, hacérsela sentir…

—No hagas literatura, Jack.

—No hay nada de literatura. Y ahora, pasemos a lo otro. ¿Qué hay de Walsh?

—Hudson ha fracasado, aunque no se ha dado aún por vencido. Pero tengo la impresión de que no logrará nada. El juez ha impuesto la multa y el castigo de pasar la, noche detenido, hasta las ocho de la mañana.

—¡Estupendo!

—¿Cómo fue por aquí? —preguntó Nollan.

—No se necesitó mucho para que tuvieran que estarse quietecitos y callados. Arriba parece que se han dado algunos golpes.

—Sí. Le han roto la cabeza a un granuja…

Se reunieron con Gipsy, que los condujo hasta el camerino de Margie, el cual estaba repleto de admiradores.

La actriz, al divisar a Driscoll, salió del camerino, en donde no cabía ya nadie más.

Nollan, al ser presentado, casi ni pudo hablar, de la emoción que viva, emoción que fue capaz de transmitir a Margie al estrecharle la mano que ella le tendió.

Driscoll anunció sonriendo:

—Paul Nollan es uno de los artífices de la victoria.

—Gracias y enhorabuena, señor Nollan. Se adivina en usted al hombre de clase.

—Nollan es un auténtico «pura sangre». Bien, y no precisamente de los cuadrúpedos… —bromeó Jack.

Gipsy tiró de una mano de Jack:

—¡Eh, jovencito! Usted y yo tenemos que hablar. ¿Qué le parece si nos vamos a un lugar apartado en donde no nos molesta nadie?

—Es lo que más deseo en este momento en que toda sonríe a nuestro alrededor. Nollan decía en aquel momento a Margie.

—Es usted sencillamente maravillosa, señorita Lee. He llegado tarde, pero ha logrado emocionarme enseguida, a pesar de no saber lo que había sucedido antes.

—Celebro que le vaya gustando la obra.

—Yo no diría que es justamente la obra lo que me gusta. No he tenido ocasión de poder apreciarlo. Ha llegado al final del acto. Es usted quien me ha emocionado…

—Siento no poder atenderle en este momento como me gustaría, pero ya ve usted lo que hay por ahí. Pero me gustaría que viniese con nosotros una vez terminada la función.

—Yo iría con usted hasta el fin de mi vida.

—¿No teme que le tome la palabra?

—Me sentiría muy dichoso si hiciese tal cosa.

La mayor parte de las palabras de Nollan llegaron a oídos de Jack, quien comentó en tono humorístico:

—¡Bien! A pesar de su timidez, no parece que Nollan se despacha mal del todo.

—Amiguito. Deja a Nollan y vamos a concretar de lo nuestro.

—No es necesario estrenar mi obra, para podernos casar. Gano lo suficientemente para que podamos vivir cómodamente.

—No seas tan romántico, muchachito. ¿Qué va a suceder después de esto?

—En lo que a nosotros se refiere, que te voy a querer mucho.

—Eso está mejor. Pero me refiero a lo que va a suceder después de la paliza que han llevado.

—De verdad que no soy adivino. Cuentan con bastante gente y Judy es capaz de mover a gente que pesa. Hemos golpeado muy duro y eso significa que intentarán un contragolpe.

—Ahí quería llegar yo. Y tú serás el centro de ese contragolpe. Eres tú quien les has dado duro. Bien, Nollan no se ha quedado atrás, hay que hacerle justicia.

—Es un chico estupendo.

—Pero con él no se atreverán, porque está en activo. Contigo, sí.

—Y con él también, aunque tomarán sus precauciones. Métete esto en la cabeza, Gipsy. No nos podemos descuidar ninguno de nosotros.

—¡Cuídate mucho, Jack! ¡No quisiera quedarme viuda antes de casarme!

—Lo comprendo. Es algo que no se lleva nada este año. Ahora está más de moda el enviudar después de casarse, si antes no se llega al divorcio, naturalmente.

—Me pongo enferma de oír esa palabra.

—Yo la tengo borrada de mi diccionario. Contigo para toda la vida. Espero tener resignación suficiente —bromeó Jack.

Gipsy no se entregó y dijo sin enfadarse:

—Yo también te demostraré mi capacidad de resistencia…

Jack había ido acosando hábilmente a Gipsy hasta un rincón, y cuando ella no tuvo escape, la tomó de los brazos.

—Estás fuerte de músculos y eres elástica. Una verdadera maravilla… Intentó atraerla, pero ella resistió, diciendo:

—Piénsalo bien, Jack.

—¿Crees que se puede pensar teniéndote tan cerca? Anulas las facultades de pensar y…

No terminó de hablar porque había logrado vencer la resistencia de Gipsy y decidió que debía emplear la boca en besarla.

Cuando la rubia pudo hablar, fue para decir:

—¡Bestia! Me has dejado casi sin respiración.

—Necesitaba saber si es cierto que una mujer de verdad es algo más que unas piernas maravillosas…

—¿Y qué…? —preguntó ella medio en broma.

—Hay cosas por ahí tan maravillosas o más que las piernas…

Iba a repetir el abrazo cuando se produjeron una serie de disparos cuyos ecos llegaron amortiguados por la distancia.

Gipsy produjo un respingo.

—¿En dónde ha podido ser? —preguntó el joven.

—¡El despacho de míster Morton! ¡Tal vez la recaudación!

—¡Que la función siga normalmente su marcha! —dijo Jack, dirigiéndose al director—. ¡Vamos, Nollan! ¡Y tú, Gipsy!

Corrieron precedidos por la rubia, quien los condujo rápidamente hasta el despacho de Morton.

Antes de llegar a él, ante la puerta de comunicación, cuyo cristal había sido repuesto ya, divisaron a Clive, que se hallaba tendido de bruces en el suelo.

Las gafas le habían saltado, aunque se conservabas enteras, en el suelo, a un par de yardas de su cabeza.

Al verlos llegar intentó moverse, pero volvió a quedar inmóvil, de bruces, aunque tuvo fuerzas para decir:

—¡Pobre míster Morton!

Entraron en tromba en el despacho de Morton y vieron a éste caído detrás de su mesa, sangrando por varias heridas.

Jack señaló el teléfono.

—¡Pronto, no pierdan los nervios! Una ambulancia… Nollan dijo:

—Voy por un médico…

Había aparecido un empleado al cual dijo Jack:

—En el teatro tiene que haber un botiquín de urgencia. Tráelo rápidamente y que, por lo menos, el médico tenga material para taponar las heridas.

Tanto Nollan como el empleado desaparecieron rápidamente. Gipsy anunció a poco:

—La ambulancia estará aquí rápidamente.

—Parece que ha tenido suerte dentro de todo —informó Driscoll a su vez.

Examinó las cosas que estaban cerca de Morton y vio que un cajón estaba a medio abrir. En él había una pistola.

—Esto quiere decir que tal vez tuvo tiempo de ver a los que dispararon. El médico y el empleado con el botiquín llegaron al mismo tiempo.

Desinfectadas las heridas de forma muy sumaria y taponadas para evitar la hemorragia, el médico puso una inyección al empresario, anunciando a continuación:

—No se puede predecir, pero espero que se salve…

Llegó la ambulancia, que avisó con el estrépito de su sirena.

Morton pareció comprender que se lo llevaban: abrió los ojos y se dirigió a Gipsy y a Driscoll.

—Que siga todo adelante, igual que si estuviese yo.

Hay que darles la batalla. Usted se hará cargo de todo, Gipsy…

—Esté tranquilo…

—Que Mortimer lea la comedia de Driscoll… Debe seguir todo adelante. No podrán con nosotros…

—¿Los pudo ver? —preguntó Driscoll. Morton cerró los ojos y no respondió. El médico ordenó:

—No pierdan tiempo. Medio minuto puede tener una importancia decisiva. Y él no es ya ningún muchacho…

Nollan dio instrucciones a dos agentes para que acompañasen a Morton hasta el hospital y evitasen que ningún extraño pudiese llegar hasta él.

—Yo iré más tarde por allí —les anunció.

Gipsy se dirigió al director, a Margie, a Allan y a Mortimer:

—Ya lo han oído. El desea que todo siga adelante, como si no hubiese sucedido nada. Hay que obedecerle.

Nollan despachó a otros dos agentes para que custodiasen la recaudación. Driscoll, en tanto, llamó a Clive.

El hombre parecía ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor.

Se había levantado, se había sentado en su sillón echándose hacia atrás y permanecía dándose masajes en la nuca y en el cuello.

Antes de ello había recogido las gafas que había dejado cuidadosamente sobre la mesa.

—¿Cuántos eran, Clive?

—No lo sé, señor.

—Pero usted debía estar sentado en ese sillón, de cara a aquella puerta, y tenía que verlos. ¿O hay alguna otra entrada?

—No hay más entrada que ésa, a menos que usen la ventana, y no es fácil…

—¿Entonces…? —preguntó Driscoll.

Clive cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y volvió a darse masajes en la nuca.

—¿Me permite? —pidió Driscoll—. Entiendo algo de golpes.

Clive giró la cabeza a un lado y a otro como tratando de encajar los huesos, músculos y tendones en sus respectivos lugares.

Luego respondió:

—No es necesario ya. Voy estando bien.

—Déjeme que le vea o le haré enviar al hospital. Puede usted tener alguna rotura de fibras, algún tendón puede haber saltado del lugar. Incluso puede tener alguna vértebra resentida…

—No sé, no creo…

Volvió a tentarse el cuello Clive, dando la sensación de que tenía miedo.

Jack aprovechó la ocasión y se impuso, soltándole la corbata, bajándole el cuello de la camisa y sujetando bien al empleado.

—Señale en donde le golpearon…

—No se lo puedo decir exactamente. Me retumbé toda la cabeza y quedé sin sentido.

—Pero debió percibir el choque en algún lugar…

—No le podría precisar…

Jack fue explorando con sus dedos los lugares en que podían haber golpeado a Clive, ejerciendo leves presiones en ellos y examinándolos detenidamente.

A continuación ejerció el joven una presión bastante fuerte en

un punto en el que era poco menos que imposible que le hubiesen zurrado.

—¡Uf! —se quejó el empleado.

—Entonces fue ahí —aseveró Driscoll.

—Seguro que sí. ¡Sí, ahí fue!

Jack dio leves masajes en el cuello a Clive y dijo a continuación:

—Creo que no ha sido nada. De todas maneras, tiene que mañana le sometan a una inspección por medio de rayos X. Yo me ocuparé de ello.

—No es necesario —protestó el empleado.

—Sí es necesario. Hay demasiadas responsabilidades sobre Gipsy y sobre mí para añadir una más por descuido…

—¡Le aseguro que estoy bien, que no me sucede nada!

—Como sea. Irá usted a los rayos… Y ahora, explíquese cómo sucedió la cosa.

¿Entraron ellos por la ventana?

En el rostro de Clive se señaló un gesto de perplejidad.

—Veamos, Clive. ¿Ellos entraron por la ventana?

—No creo… No, es imposible.

—Está bien. Entraron por aquélla puerta y usted tenía que estar aquí, de cara a la puerta… Tenía que verlos…

Gladys entró en aquel momento, después de haber echado un vistazo en taquilla y en administración y ver que el telón se había levantado para el segundo acto.

—Todo en orden —anunció—. Y ya ha comenzado el segundo acto.

—¿Estaba la señora Morton en el teatro?

—Sí. Ha ido al hospital con su esposo. Es bastante entera.

Después de responder a Jack, Gipsy se encaró coa Clive en tono que no tenía nada de amigable:

—¡Le dije, Clive, que no se moviera de esa mesa! ¡Le dije que no me perdiera de vista la puerta y que al menor síntoma de alarma, tocase el timbre!

—Sí, lo recuerdo perfectamente —respondió asustado.

—¿Por qué no lo hizo?

—Tal vez me llamó el señor Morton y me levanté para acudir a su llamada…

—¿Le llamó o no? ¡Concrete! —pidió Driscoll. Olive, que parecía

bastante molesto, respondió:

—¡No hay duda que sí, me llamó! Entonces yo me levanté y al dar la espalda a aquella puerta para abrir 5a del despacho del señor Morton, me atacaron… Sí, eso es… Advertí el golpe, me pareció que el mundo se me venía encima… Y ya no sé más…

Gipsy pareció dispuesto a dedicar un exabrupto a Clive, pero le contuvo una mirada de Jack.

En la puerta del antedespacho apareció Nollan acompañado por fotógrafos y demás especialistas de la brigada de homicidios.

—¡Adelante, amigos! —Autorizó Driscoll.

El joven hizo una señal a Nollan, sólo perceptible para él, y se dirigió luego a Clive:

—Por hoy, puede marcharse a casa, Clive. Mañana se presentará al sargento Nollan y él, o un oficial, le Interrogarán. Cosa de puro trámite, no debe asustarse.

—Sí, míster Driscoll.

—El propio sargento Nollan le llevará a uno de los médicos de la policía y él le examinará ese cuello, para satisfacción y tranquilidad de todos.

—Sí, míster Driscoll —respondió Clive en tono sumiso.

Nollan dijo a Clive, mientras éste se ponía el abrigo y el sombrero:

—Se viene a las diez de la mañana por la Brigada de Homicidios, pregunta por mí, que le estaré esperando. Despacharemos en menos de una hora y así, la señorita Gipsy podrá contar con usted a las once de la mañana. Y ahora, les ruego que me perdonen un momento. Estoy de vuelta enseguida.

El sargento dirigió sus últimas palabras a Driscoll y a los demás policías, saliendo antes de que lo hiciese Clive.

CAPÍTULO VII

Gipsy, lipa vez hubo salido Clive, mientras los especialistas de la policía iniciaban su trabajo, se dirigió a Jack:

—Has tratado muy blandamente a ese haragán cobarde.

—Yo soy así con el débil —dijo Driscoll en tonillo irónico.

—Vamos. Desembucha lo que llevas ahí —respondió Gipsy señalando para la cabeza del joven.

—¿Cuántos años lleva aquí Clive?

—Miré su ficha no hace mucho. Lleva casi ocho años. Es el empleado más antiguo, incluso más que el administrador.

—¿Es el hombre de confianza de Morton?

—¿Cómo puedes pensar que Morton iba a depositar su confianza en un ser que, además de inútil, es vago?

—¿Sabe Clive que es todo eso?

—¡En absoluto! A pesar de que tanto yo, como míster Morton, y hasta el propio administrador, se lo hemos dicho. Él se cree un as, el hombre imprescindible.

—¿Tiene un buen sueldo?

—Más del que merece y bastante menos del que considera que debe ganar. ¿Se puede saber a qué vienen todas esas preguntas?

—Los casos criminales presentan en ocasiones muchas complejidades. El tener en cuenta, o no cosas que pueden parecer sin importancia, conduce al éxito o al fracaso.

—Tú sabrás lo que llevas entre manos, «polizonte» —respondió Gipsy con picardía.

—A ver si te doy un azote por faltarme al respeto.

—Me gustaría que me lo dieses —desafió ella.

—Y a mí me gustaría dártelos. Pero tenemos a los sabuesos a la vista —añadió Jack riendo y señalando para sus antiguos

compañeros que estaban realizando diversas pruebas.

Entró Nollan y se dirigió a Jack:

—Le he pegado una sombra a los talones.

—Magnífico. Ahora vamos a efectuar una prueba.

Driscoll señaló el sillón en donde normalmente se sentaba Clive y dijo a Gipsy:

—Te sentarás allí y no perderás de vista la puerta de entrada. Cuando te llame Nollan, que hará las veces de Morton, te producirás normalmente, sin prisas, como hubiese hecho Clive, y acudes a la llamada sin preocuparte en absoluto de mí para nada. Tú ignoras mi presencia.

—De acuerdo.

—Cuando yo te aplique un golpe, te dejas caer en posición semejante a cómo cayó Clive. ¡Ah! Antes que nada ponte esas preciosas gafas de sol y no te preocupes si se rompen…

—Está bien. Pero procura no golpear a lo bestia.

—Te golpearé con cariño, guapa.

Nollan no necesitó ninguna instrucción de Driscoll para comprender cuál era su papel y mientras Gipsy ocupaba su puesto y Jack salía hasta un punto desde el cual no lo podía ver la rubia, él fue a situarse tras la mesa de Morton.

El sargento se situó tal como lo hubiese hecho Morton y llamó.

Gipsy se levantó y experimentó la sensación de quitarse las gafas, pero recordó que debía llevarlas puestas y prosiguió su acción saliendo de su sitio y volviendo la espalda a la puerta tras la que ocultaba Driscoll.

Era el momento en que debía entrar éste en acción y abandonó su escondite, corriendo sobre las puntas de los pies para no producir ruido alguno y sorprender a Gipsy como debía haber sido sorprendido Olive.

Cuando llegó hasta la rubia, ésta había abierto la puerta del despacho de Morton y había penetrado en él.

Driscoll, sin perder un solo instante, simuló el golpe y Gipsy se dejó caer como si la hubiesen fulminado.

Cayó de bruces, aunque procuró contener la caída con las manos. A pesar de ello, le saltaron las gafas, las cuales se hicieron trizas. Driscoll aplaudió:

—¡Muy bien, Gipsy! ¡Has hecho tu papel estupendamente! Le

tendió las manos para ayudarla a levantarse.

La sugestiva rubia se dejó llevar, pero protestó en plan humorístico:

—¡Eh, amiguito! Una cosa es que juguemos a policías y otra que te dediques a esas atrevidas exploraciones.

—Has caído tan bien, que temí que te hubieses roto algo. Y quise comprobar que no era así, pero sin mala idea…

Gipsy cambió repentinamente de tono y dijo:

—¿Y qué, tengo roto algo?

—Yo diría que no. Pero me puedo cerciorar otra vez…

—Tengo roto el corazoncito, tonto… Nollan protestó:

—¡Eh, tórtolos! Ya está bien, que se le ponen a uno los dientes largos.

Jack admiró una vez más las sugestivas curvas de Gipsy, silbó admirativamente y dijo:

—No me extraña. Pequeña, nos casaremos rápidamente. Y como estoy seguro de que vas a decir que sí, no es necesario que respondas. Sigamos con lo nuestro.

Tras una corta pausa, dijo concluyentemente:

—Está claro que Clive no pudo caer en donde él estaba si las cosas se hubiesen llevado a cabo tal como dijo. En cuanto a las gafas, no habían sufrido deterioro alguno y estaban en una posición académica.

Gipsy abundó:

—Y hay que tener en cuenta que él, según dice, se desplomó sin sentido, no pudo parar el golpe con las manos, y yo sí lo he hecho.

Jack dijo a su vez, dirigiéndose principalmente a Nollan:

—Le he examinado y en su rostro no hay señal alguna de la caída y debiera haberse dado algún golpe violento. En cuanto al cuello, no tenía el menor indicio de haber sido golpeado. No presentaba más señales que las del masaje que se había dado y que se fueron borrando rápidamente.

—Así, pues, querrás que todo eso se compruebe oficialmente por medio de un forense.

—Exactamente, Nollan.

—Se hará.

—Espero que Morton me permita llevar la acusación por su parte, y quiero tener bien claras las cosas —manifestó Driscoll con

decisión.

Gipsy exclamó por su parte:

—¿Quién hubiese pensado en una cosa así por parte de Clive?

—¿Comprendes ahora el porqué de mis preguntas sobre su situación en la casa? —preguntó Jack.

—Te comprendí enseguida, listorro —respondió la rubia, de buen humor.

Los especialistas habían terminado su labor y luego colaboraron todos en realizar un simulacro de cómo se podían haber producido los hechos.

Terminaron con el tiempo justo para ver la última escena del segundo acto.

La ovación con que recibió el público el final de la obra sobrepasó las esperanzas mejor fundadas.

Nollan fue de los primeros en felicitar a Margie por su triunfo personal.

Cuando todo hubo terminado, en lugar de celebrar el éxito como estaba previsto, fueron al hospital en donde se hallaba Morton.

Les recibió la esposa del empresario, que informó:

—Le han extraído los proyectiles y le han hecho una transfusión hay fundadas esperanzas de que se salve.

—Puede decirle cuando pueda oírle que todo ha salido como él quería y que seguiremos adelante.

Nollan se encargó de dejar montado un servicio de custodia al herido, y otro en el teatro, para evitar que los granujas pudiesen producir daños en él.

* * *

Driscoll despertó a la mañana siguiente al repiquetear insistentemente el timbre telefónico.

Saltó de la cama, se puso una bata y calzó las zapatillas en chancla, acudiendo rápidamente a la llamada.

—Aquí Jack Driscoll. ¿Quién llama?

Desde donde se hallaba veía perfectamente la esfera del reloj despertador y comentó para sí:

—¡Las nueve de la mañana! ¡Qué manera de madrugar!

A la otra parte del hilo se produjo una voz temblorosa en la cual

reconoció Driscoll la de Oliver.

—¡Soy Clive Freeman, míster Driscoll!

—Bien. ¿Qué sucede? No me irá a decir que se halla usted en grave peligro…

—¡Pues sí, míster Driscoll! ¡Lo estoy! ¡Anoche me siguieron y tengo la impresión de que me están siguiendo también esta mañana!

—Tome un taxi y vaya a la Brigada de Homicidios. Allí dentro no le atacarán. Dígale a Nollan lo que le sucede y él le pondrá un agente para que le proteja.

—¡Quisiera hablar con usted antes de que me interroguen allí! Usted debe conocer algo de lo que sucedió anoche… Usted me podrá orientar, míster Driscoll.

Daba la sensación de que Clive estaba dominado por un intenso terror. El hombre prosiguió, con voz que reflejaba viva angustia:

—¡Temo que me van a destrozar, que ni siquiera querrán mis cinco dólares! ¡Usted me tiene que orientar y proteger! ¡Me gustaría que me acompañase usted a la Brigada de Homicidios! ¡Y necesito hablar con usted antes! ¡Iré a recogerle si le parece bien!

—Yo estaba durmiendo aún, Clive.

—Siento haberle despertado, míster Driscoll. Yo no pude dormir en toda la noche. Estoy prácticamente deshecho. A su lado me sentiré más seguro, así es que si me lo permite…

—Está bien, venga. No es necesario que se apresure. Con que esté aquí dentro de media hora…

—¡Tal vez llegue un poco antes! ¡No puedo más…!

—De acuerdo. Me ducharé y me vestiré rápidamente. Le aguardo.

—Hasta pronto… —respondió Clive.

Colgó Jack y percibió cómo se cortaba la comunicación al colgar Clive a la otra parte El joven se metió rápidamente en la ducha, se afeitó y se vistió.

Se disponía a desayunar cuando llamaron a la puerta de su departamento. Antes de abrir atisbo por la mirilla y vio a Clive aguardando a que le abriese.

El rostro del empleado del «Comedy Theatre» reflejaba angustia, y parecía hasta que su tamaño se había reducido.

Abrió Jack el espacio justo para que pasase el otro, e invitó:

—Adelante, Clive… Buenos días.

Cerró apenas el hombre hubo entrado.

Clive sufrió una instantánea transformación y actuó con una rapidez que, nadie que le conociera, hubiese podido imaginar en él.

El hombre sacó rápidamente una pistola y encañonó con ella a Jack, separándose de éste un par de pasos.

—No intente moverse, Driscoll, y levante las manos, o lo coso a balazos. El joven, sorprendido, no tuvo más remedio que obedecer.

—¡Cáspita, Clive! ¿Se ha decidido a desenmascararse? ¿Lo ha pensado bien? —preguntó Jack en tonillo irónico, demostrando un gran dominio de sí mismo.

—¡Sí, lo he pensado bien! ¡La idea me ha torturado toda la noche, pero aquí estoy!

—Bien, ¿entonces a qué aguarda? Dispare. Significará la silla eléctrica para usted…

—No habrá nada de eso, se lo aseguro. No se llevará ese consuelo al otro barrio… Tras una pausa, prosiguió diciendo:

—¿Cree que me engañó anoche? ¡Pues no! Usted vio bastante claro y creyó que se estaba burlando de mí.

—Me estaba burlando y me estoy burlando ahora…

Driscoll sonreía burlón, tratando de hacer perder a Clive su equilibrio nervioso, aunque no ignoraba el riesgo que suponía tal cosa.

Clive gritó a tiempo que respiraba de manera agitada:

—¡No se ría! Esa risita suya me fastidia y lo mataré.

—¿Y si no me río no me matarás?

—Le mataré también…

—En ese caso quiero irme al otro barrio lo más divertido posible. Aunque yo creo que lo debes pensar bien antes de disparar. Tú no fuiste quien disparó anoche contra Morton… A ti te faltan agallas para una cosa como ésa.

—¿Lo cree así? Pues se equivoca… No disparé anoche porque era otro el que tenía que hacer el trabajo.

—¿Quién disparó, Clive? Confiésalo y te podrás salvar. Hasta el momento no conocemos tu traición más que el sargento Nollan y yo. Y si yo le digo a Nollan que debe olvidar, él me hará caso…

—Usted caerá, Driscoll. Es el peligro número uno para nosotros…

—Eso a ti no te preocupa, A fin de cuentas tú eres un pobre diablo que sacará muy poco de la organización…

—Usted, que es tan listo, se equivoca ahí… Sacaré y bastante.

—Nada de eso. Hopkins y compañía se burlarán de ti y cuando ya no les sirvas, te matarán. Eso es lo que sucederá. Ellos no pueden depender de fulanos flojos de nervios como tú.

—Ellos me necesitan para muchas cosas y saben que yo soy capaz de zurrar, a ellos y a quien sea…

—Te tiembla la pistola en las manos. ¿O es que no te das cuenta?

—Pero no es de miedo, Jack Driscoll, se lo aseguro. Es porque le aborrezco…

—¡Ya salió aquello! ¿Es que estás enamorado de Gipsy? ¿Crees que asesinándome la conseguirás? Pues no. Ella terminará por consolarse y querrá a otro, pero jamás a ti. No puedes ser su tipo. A ella le gustan los hombres de verdad.

—¡Calle, maldita sea! O le hago callar yo…

Dio la impresión de que iba a disparar al fin, tal fue el odio que reflejó en su actitud. En aquel momento repiqueteó el timbre del teléfono y Clive dijo:

—Atiéndalo. Pero cuidado con lo que habla o lo clavo contra la pared.

Giró Clive para mantenerse a conveniente distancia de Driscoll y éste llegó hasta el aparato telefónico.

—Lo dicho. Cuidado con lo que habla —advirtió Clive una vez más. Era Gipsy quien llamaba; Jack saludó:

—¿Eres tú, nena? Sí, he soñado contigo…

Se oyó la alegre risa de Gipsy a la otra parte del hilo. Driscoll volvió a hablar a poco:

—No, voy a desayunar y luego quiero ver a Nollan. Un gesto amenazador de Clive le indicó que no debía descubrir su presencia allí.

—Bien, luego me reuniré contigo. Sí, encargaremos la licencia hoy mismo.

Clive, que había quedado cerca de la puerta del departamento, sin dejar de encañonar a Jack ni de atender a sus palabras, se desplazó y abrió para dar entrada en el departamento a Loy Sacco y a Tob Foster, cuyo rostro ofrecía una serie de moraduras, además de

algunas pequeñas heridas.
—Hasta luego, encanto. Ahora tengo bastante que hacer… Sigo pensando en ti…
Sonrió tal que si la estupenda rubia lo pudiese ver y le envió un beso que hizo saltar de celos a Olive.
Colgó el aparato telefónico y giró ligeramente, quedando de cara a sus tres enemigos.
Tob, el último que había entrado, había cerrado la puerta del departamento.
—¡Esto se pone mejor! —exclamó el joven—. Tres para mí, ya se puede considerar que se van igualando las fuerzas.
—El chico es valiente —comentó Sacco.
—Es algo que no se puede negar —dijo a su vez Tob—. Veremos si al final sigue tan valiente.
—Al final no seguirá ni valiente ni nada. Será un cadáver más y los cadáveres, ya se sabe… —comentó Clive, considerándose más seguro.
Sacco adelantó unos pasos y advirtió:
—Antes de matarte te vamos a machacar. Seguro que te va a resultar divertido.
—Eso creo. Más divertido de lo que imagináis. Porque no saldréis de aquí por vuestros pies. Estáis vigilados los tres…
—Estábamos —aclaró Clive—. Nos sacudimos hábilmente a los perros de encima y ahora nos estarán buscando por East River o tal vez por Harlem…
Sacco se frotó los nudillos de ambas manos y dijo:
—Veremos si continúas opinando que estoy sonado.
—Lo estás, aunque no quieras. Ayer no fuiste capaz de resistir nada. Apenas si te toqué y te dormiste, ¡y de qué manera!
Jack se expresó de manera hiriente, logrando irritar a Sacco, el cual disparó su izquierda, demostrando que conocía bien el boxeo.
Se dobló Driscoll ligeramente hacia adelante, contrayendo los músculos, que formaron una especie de coraza protectora que amortiguó bastante los efectos del golpe.
A pesar de ello el joven percibió un dolor agudo que le hizo palidecer intensamente, mientras que Tob gritaba:
—¡Aguanta firme o será peor, porque te patearemos!
Detrás de la izquierda, disparó Sacco su derecha, que se incrustó

en el estómago de Driscoll, que sintió instantáneamente fuertes náuseas.

CAPÍTULO VIII

Al golpear Sacco de derecha, dejó su cara por unos instantes totalmente al descubierto, a merced de la izquierda de Driscoll, y éste no tuvo más que desplazarla en directo para alcanzarlo de forma contundente.

Driscoll estaba bien colocado de piernas, pues aguardaba el golpe y todo su cuerpo estaba dispuesto a recibirlo, mientras que Sacco mantenía una colocación de piernas defectuosa.

Y al recibir el golpe trastabilló hacia atrás, yéndose sobre Clive.

No se estuvo quieto Driscoll, sino que siguió a Sacco, buscando la protección de su cuerpo para evitar que los otros tuviesen ocasión de disparar.

La derecha del joven salió disparada para alcanzar a Sacco en el estómago, haciéndolo levantar del suelo.

E inmediatamente volvió a golpear con furia, lanzándolo contra Clive, al cual derribó al chocar con él.

Saltó Jack como un felino en dirección a Tob, que, repuesto del primer momento de sorpresa, se disponía a desenfundar su pistola.

El impacto fue terrible. Jack se aferró a los tobillos del gorila y lo hizo caer de manera violenta, escapando la pistola en la caída de manos de Tob.

La cabeza del gorila chocó contra una de las paredes, produciendo un ruido espantoso.

Pero Tob señaló en su rostro una mueca que pretendía ser una sonrisa y disparó ambos pies, despegándose a Driscoll, que dio una voltereta para ir a chocar de manera violenta contra la pared contraria.

Clive, que había dejado escapar su arma, logró empuñarla nuevamente y se dispuso a hacer fuego.

Jack realizando un supremo esfuerzo, se sobrepuso al aturdimiento que le había producido el golpe y aferró a Clive por un hombro, sometiéndolo a una violenta torsión.

Gritó Clive desesperadamente y hubo de soltar el arma.

Y acto seguido se vio arrancado del suelo y lanzado por el aire, para ser estrellado nuevamente contra el suelo.

Tob había advertido la idea de Driscoll de emplear a Clive como proyectil contra él, y se apartó de ágil salto.

Se produjo un fuerte crujido de huesos y Clive quedó inmóvil en el suelo, como un muñeco desarticulado, manando sangre por oídos, boca y nariz.

No se detuvo Driscoll un instante, y asestó un puntapié en la mano a Tob cuando ya éste lograba alcanzar la pistola.

Un segundo puntapié alcanzó al gorila en un ojo, cerrándoselo por completo en breves instantes.

Y Tob replicó con un cabezazo que alcanzó de lleno a Driscoll, lanzándole violentamente contra la otra parte de la pieza.

El joven experimentaba no poco dolor en diversas partes del cuerpo, pero sobre todo, dominaba la angustia, unas náuseas que le anulaban casi para seguir luchando.

Realizó un esfuerzo al advertir que Tob intentaba llegar otra vez a la pistola, para lo cual se había agachado.

Le sacudió un puntapié en una pierna y a continuación le pisó la mano derecha, haciendo aullar al gorila.

Se enzarzaron en Una dura lucha cuerpo a cuerpo, en la que comenzó a dominar Tob, aunque permitió un cierto alivio a Driscoll, que recuperó fuerzas.

Y entonces se separó de su enemigo, con un golpe corto de izquierda, que ni siquiera hizo conmover al gorila.

Tob trató de acortar distancias, considerando que llevaba ventaja en una lucha a brazo partido, e intentó encerrar a Driscoll en un abrazo entre sus terribles brazos.

Jack esquivó apuradamente y golpeó a continuación en una oreja de su temible enemigo.

Éste acusó el golpe, pero persistió en su acoso implacable.

Recordó Driscoll su victoria del día anterior y cuando Tob intentó encerrarlo de nuevo en otro abrazo, lo volvió a esquivar y lo aferró reciamente por la muñeca derecha.

Empujó Jack con violencia y Tob resistió perfectamente, afianzándose bien sobre ambas piernas.

Entonces, el joven, tiró, rompiendo el equilibrio del gorila. Y a continuación le aplicó una llave de judo muy semejante a la que le había dado la victoria el día anterior.

Se produjo un estrépito de cristales rotos, casi una explosión.

Driscoll, que había perdido por el momento el sentido de la orientación, había lanzado a su enemigo contra el ventanal, que no fue capaz de resistir el impacto.

Tras el ruido de los cristales rotos, se oyó un alarido salvaje, impresionante, prolongado. Y a continuación un ruido sordo al estrellarse el cuerpo de Tob contra, el pavimento.

El joven no necesitó asomarse para saber que se habría reventado.

Sintió que se le doblaban las rodillas y hubo de aferrarse a un mueble para no caer. Respiró trabajosamente, sintió en la boca un sabor extraño y escupió algo de sangre. Su poder de recuperación era grande y se fue recobrando rápidamente.

Sacco comenzaba a dar señales de vida.

Buscó Jack con la mirada algo con qué poder amarrarlo y recurrió a dos corbatas viejas, atándolo por los tobillos con una, y con las manos a la espalda, con la otra.

—Así es posible que logres conservar la vida, maldito sapo —expresó el joven despectivamente después de haber terminado su trabajo.

Mientras lo amarraba, Sacco se había recobrado casi totalmente y su mirada se posó sobre el desarticulado cuerpo de Clive.

El granuja preguntó con voz bronca, estrangulada:

—¿Muerto?

—Sí.

Giró Sacco la mirada en torno, buscando a Tob, y su mirada se detuvo en el destrozado ventanal.

Driscoll informó:

—Tob también está muerto. Quiso volar, sin alcanzar a comprender que era demasiado bestia para eso. Y se estrelló. No he necesitado mirar, pero ocho pisos es bastante, ¿no crees?

Quien experimentó entonces una angustiosa sensación de náuseas fue Loy Sacco, que se sintió a punto de desmayarse.

Consultó Driscoll su reloj, que había salido milagrosamente ileso de la dura lucha.

—¡Diez menos diez…! Es posible que Nollan esté ya en la Brigada…

Se oyó el ruido del ascensor al detenerse en el piso. A continuación ruido de pisadas, más próximo por momentos a la puerta del departamento.

Driscoll no aguardó a que llamasen y abrió.

Se acercaban dos policías de uniforme, el portero de la finca y dos curiosos. Se dirigió a los policías:

—Pasen ustedes dos. Los demás no tienen nada que hacer aquí, así es que si se largan, será mejor…

Los policías se sintieron un tanto cohibidos ante la imponente presencia de Jack y el aspecto que ofrecía.

—¿Ha sido usted? —preguntó uno de ellos.

—Sí. Ahí hay otro. Legítima defensa. Y ese otro fulano al cual he amarrado. Era compinche del que lancé por el ventanal.

Jack tomó su tarjetero, sacó de él una tarjeta en la que figuraba su condición de abogado y la entregó al policía de más categoría.

—Abogado —murmuró el hombre—. Usted se las sabrá todas.

—Sí. He sido también sargento de policía. Y ahora, si me lo permiten, voy a llamar a la Brigada de Homicidios…

Ambos policías miraron a Jack con expresión que reflejaba vivo asombro. El que había tomado la tarjeta, autorizó:

—Puede usted llamar. Aunque yo habré de hablar también.

—Es lógico. ¿Prefiere hablar antes, o después? El policía concedió también:

—Puede usted hablar antes.

Bajo las miradas de los dos policías, marcó Jack el número de la Brigada de Homicidios, pidiendo luego:

—Con el sargento Nollan, si ha llegado ya. De parte de Jack Driscoll.

—En seguida. Acaba de llegar y ha preguntado enseguida si había llamado usted. Cuando Nollan se puso al aparato, dijo Jack:

—Buenos días, hombre feliz.

—Hola, Jack. Estoy aguardando a Clive. El encargado de seguirlo lo ha perdido de vista esta misma mañana y él no ha venido aún.

—Lo tengo aquí.

—¿Entonces, vendrás tú con él?

—Está muerto, Paul. He matado también al gorila de Tob Foster, y en cuanto a Loy Sacco, lo tengo aquí bien sujeto. Los tres llevaban armas y han estado a punto de terminar conmigo.

—¡Voy enseguida para ahí! ¡No te muevas!

—Aguarda un momento. Aquí hay dos policías. La cosa ha resultado un poco escandalosa porque lancé al gorila por una ventana… Y ellos han subido a conocerme —agregó de buen humor.

—Está bien. Que se ponga uno de ellos.

Driscoll entregó el aparato telefónico al policía, que dijo:

—A la orden, sargento Nollan. Soy Cassidy…

A continuación hizo un conciso relato de lo que conocía por sí mismo. La respuesta de Nollan fue igualmente concisa.

—Está bien. Alejen a los curiosos y que nadie toque nada. Salgo para ahí con los especialistas y con el teniente Logan. Traten con toda clase de consideración a Driscoll; aunque estoy seguro de que no es necesario que les diga nada. Está colaborando con nosotros…

Colgó el policía, después de despedirse de Nollan y se volvió, sonriente, a Driscoll:

—Parece que la cosa está perfectamente bien para usted, míster Driscoll.

—Eso creo. Pero he pasado lo mío, no vaya a creer.

Eran tres en contra mía, y uno de ellos me encañonaba con una pistola. Señaló a Clive, diciendo:

—Precisamente ése. Y lo malo para mí es que era una especie de muñeca nerviosa incapaz de controlarse. Por un momento pensé que iba a matar a su propio compinche.

Driscoll señaló para Sacco. Se dirigió a él:

—¡Bien, Sacco! Si yo fuese de tu calaña ahora me aprovecharía bien para zurrarte. ¿No es lo que harías tú?

El granuja no respondió. Driscoll siguió diciendo:

—Será una gran suerte para ti si míster Morton no muere. Como muera, te veo convertido en carbón, y sería la silla eléctrica la que se encargaría de la tarea.

—¡No sé nada de eso! —exclamó el gángster—. Usted sabe perfectamente que yo no llevaba armas.

—Faltaste del patio de butacas durante todo el entreacto…

—¡Estuve en el vestíbulo con unos amigos! Servirán de testigos…

—De testigos falsos, y se les condenará por perjurio.

—¡No llevaba armas! —se defendió otra vez.

—Igual que llevaba un arma para ti la chica aquélla, algunos de tus compinches te pudo dar otra. Ahora sí llevabas arma.

Sacco bajó la cabeza, no queriendo responder.

—Los peritos comprobarán si las balas que hirieron a míster Morton corresponden a tu pistola…

Sacco iba a responder protestando. Movió la cabeza enérgicamente en sentido negativo y contrajo sus músculos, apretando firmemente la boca.

—Me da lo mismo que hables o no. Los peritos tendrán la palabra. Y cuenta con esto, Sacco. Míster Morton me ha encargado de llevar la acusación contra los que le hirieron…

El granuja dirigió a Jack una mirada que reflejaba miedo e ira a la vez.

—Y ya sabes. A los que ayudan a la Ley, se tiene con ellos cierta benevolencia. Yo la tendré con los que me ayuden. Pero seré duro con los que obstaculicen la labor de la policía y la Justicia.

En la calle se oyó el ulular de la sirena de los coches policías y de la ambulancia sanitaria.

Driscoll y los policías se asomaron al ventanal. El primero saludó desde allí a Nollan, que fue el primero en saltar del vehículo que lo había conducido.

El teniente Logan se quedó en la calle dirigiendo las primeras diligencias relacionadas con la muerte de Tob. Y Nollan se apresuró a subir, reuniéndose con Driscoll.

Driscoll, una vez hubo estrechado la mano de su amigo señaló para Sacco, diciendo:

—Ahí tienes a uno de los que dispararon contra Morton. El otro fue Tob. Y Clive fue el cómplice que les preparó el trabajo.

—¡Eso no es cierto! —chilló Sacco.

Jack aferró al granuja por la pechera, lo zarandeó violentamente y le dijo:

—Si te desato, vas a aprender a desmentirme. Pero no es necesario que discutamos.

Lleva la pistola encima. Aquélla es la de Tob y esa otra la de Clive.

Driscoll y Nollan se apartaron de Sacco y los dos policías.

—¿Alguna novedad? —preguntó Driscoll.

—Tenemos intervenido el teléfono del departamento en donde vive Hopkins y el del local en donde radica esa asociación teatral. Están en el mismo edificio.

—¿Qué hay de Hopkins?

—No se ha movido de casa desde anoche, una vez regresó a ella a la salida del teatro.

—¿Qué ha sucedido con Walsh?

—Fue puesto en libertad esta mañana, a la hora fijada por el juez.

—¿Y Hudson?

—Judy se mantuvo inflexible con él. Seguramente le negó el premio ofrecido, puesto que él no logró la libertad inmediata de Walsh. Hudson la acompañó a ella hasta su departamento, pero a pesar de lo que insistió, se tuvo que volver solo, no logró subir ni a tomar una copa.

—Ella sabe que si se muestra inflexible con él, sacará más que si cede. Ahora, Hudson hará lo imposible por servirla en otra ocasión. Supongo que no tardará en volver a necesitarlo.

—¿Tú crees?

—Tengo esa convicción.

—Hudson nos aborrecerá, pues está loco por ella y a no ser por nosotros, la hubiese conseguido anoche.

—A mí me tiene sin cuidado —respondió Driscoll—. Tengo ganas de enfrentarme con él en un asunto de envergadura.

—Ten cuidado con él. Es un viejo zorro con muchos recursos y con tantas influencias o más que recursos.

—Ni una cosa ni otra le valió anoche, Nollan.

—Tienes razón. De todas formas, cuídate de él.

—En el embrollo en que estoy metido habré de ir con cuidado con él y con un montón de gente. Pero ya sabes cómo soy yo: No me asusto fácilmente.

—Ya lo sé. Me dijo Margie que Gipsy y tú os casáis. Y el que no tiene miedo al matrimonio, no tiene ya miedo a nada.

—¿Y tú, qué piensas?

—Me gusta, pero la siento muy por encima de mí…

—Lucha, estudia… Acércate a ella siempre que puedas y te convencerás de que no estás tan lejos de ella como imaginas. Ella es sencilla y comprensiva, y sobre todo quiere casarse con un hombre sano.

—¡Pues entonces, ése soy yo! —respondió el sargento, entusiasmado.

—Este asunto te puede valer un ascenso. No lo desaproveches…

—De este asunto lo que me interesa es estar a tu lado. Y ten mucho cuidado. No sé cómo, pero estoy seguro de que intentarán cazarte otra vez —manifesté Nollan.

—Y yo también, pero comprenderás que no es cosa de cambiar de aires…

Llegaba a tal punto la conversación de los dos amigos cuando llegó el teniente Logan, que, después de saludar a Jack, con quien conservaba una buena amistad, comenzó su interrogatorio.

CAPÍTULO IX

Driscoll acompañó a sus antiguos colegas a la Brigada de Homicidios.

Pasó con Nollan al gabinete de dactiloscopia a recoger el informe de los peritos.

—En el pomo de la puerta de comunicación con el despacho de Morton, las últimas huellas impresas eras precisamente las de ese Clive Freeman —informó uno de los peritos.

A continuación amplió, diciendo:

—No ha sido difícil obtener unas huellas claras, pues el pomo había sido limpiado recientemente, seguramente aquel mismo día.

—Debieron limpiarlo por la tarde, después de que colocaron el cristal que había roto Sacco por la mañana —respondió Driscoll.

Pasaron a continuación al gabinete de los peritos armeros.

Uno de ellos terminaba su trabajo en aquel momento, después que le habían sido enviadas las pistolas de Tob y de Loy Sacco.

—¿Qué nos dice de esas armas?

—De las cuatro heridas que le hicieron a Morton, tres de ellas corresponden a la pistola de Loy Sacco y la otra a la de Tob Foster —informó el hombre.

El perito les hizo la demostración para que los dos amigos tuviesen la satisfacción de ver por sus propios ojos la identidad de las huellas dejadas en cada caso por los proyectiles.

—Ante una prueba como ésta, no habrá jurado que vacile —aseguró el perito.

—Seguro que no —respondió satisfecho Driscoll—. Y suerte ha tenido ese granuja de Sacco con la mejoría de Morton. Si hubiese muerto, no habría podido eludir la silla eléctrica.

—¿Vamos a ver un momento a Sacco? —propuso Nollan.

—Sí. Me gustaría darle la noticia. Tal vez eso la ablande.

—No lo creo. Nos tiene miedo a nosotros, pero les tiene más miedo a sus compinches. Pasaron al despacho de Nollan, y poco después era conducido Sacco a él.

Driscoll, serio, con gesto poco amigable, dijo de pronto:

—Una mala noticia para ti, Sacco. Morton está muy grave. No durará ni un par de horas.

—Eso no es una mala noticia para mí, sino todo lo contrario. El fulano no me era nada simpático.

—Visto así, la cosa me parece buena; pero hay un informe del perito en armas que no te favorece nada, Loy. Tres de las píldoras que le sacaron a Morton del cuerpo, corresponden a tu pistola. Y sólo una de ellas corresponde a la pistola de Tob.

Sacco palideció intensamente.

Al advertir que Driscoll sonreía, dijo:

—Váyase al diablo, Driscoll. Viene a burlarse de mí.

—¿A burlarme de ti? Eres imbécil y en tu casa no lo saben. Si sabes leer, lee. Eres tan tonto que no te guardo rencor a pesar de los dos trallazos que me soltaste, y te quiero ayudar.

Jack mantuvo el concluyente informe del perito de forma que Sacco lo pudiese leer sin tocarlo.

Cuando el granuja terminó, preguntó Jack:

—¿Lo tienes claro ya? ¿O eres tan necio que piensas que lo he falsificado yo para hacerte hablar?

—Quiero un abogado. Tengo derecho a él.

—Ya lo sabemos. Y sabemos también que tienes una buena opción para la silla eléctrica —expresó de manera tajante Driscoll.

Sacco se encogió de hombros con gesto de indiferencia, tratando de ocultar el miedo que experimentaba y respondió:

—Leí los papeles esta mañana y sé que Morton va mejor.

—Iba mejor. Pero se han presentado complicaciones.

—Me alegro…

—Te voy a romper la cabeza, granuja. Casi sería mejor que te pusiésemos en libertad para darte caza cuando capturemos a toda la pandilla.

—Ya veremos quién caza a quién —respondió audazmente el gángster.

—Por de pronto, tú estás cazado ya. Y el cazador fui yo. Resultó

mala cosa para vosotros meteros en mi madriguera…

Sacco volvió a señalar un encogimiento de hombros queriendo mostrar indiferencia. Driscoll manifestó en tono incisivo:

—Yo acusaré y no habrá jurado que te absuelva. Comenzaré por investigar en tu pasado para empujarte con un poco más de fuerza.

—Y ya puedes ir nombrando abogado —pidió Nollan en tono burlón—. Tal vez te convenga que sea el propio Driscoll.

En aquel momento entró un agente en el despacho, y tras saludar, se dirigió a Nollan:

—Debo llevarme a Sacco. Está ahí su abogado.

—¿Quién es el valiente? —preguntó Nollan.

—Lewis Hudson —respondió Jack, dejando caer las sílabas, una por una.

—El mismo —respondió el agente.

—¿Pero es que se ha vuelto loco ese hombre? —preguntó Nollan —. Casi no puedo creerlo.

—Judy es capaz de lograr muchas cosas. Lo que no logrará será salvarse ella misma… Ni a Sacco tampoco. Anda, ve y habla con tu abogado…

Nollan y Driscoll precedieron a Sacco y al agente que había ido a recogerlo. Al salir, se encontraron en el vestíbulo a Hudson, al cual saludó Jack:

—Buenos días, estimado colega.

—Hola, Driscoll.

—No debo meterme en sus cosas, Hudson, pero estimo que se va a meter a defender algo que no tiene defensa posible. Está claro que fue la pistola de Sacco la que hizo tres disparos de los cuatro que abatieron a míster Morton.

Hudson no pareció impresionado al escuchar tal cosa y dijo:

—Usted sabe mejor que nadie que Sacco iba desarmado. Bien, usted y el sargento Nollan.

—No llevaba el arma encima cuando entró en el teatro. Eso no quiere decir que no dispusiese de un arma en el momento necesario.

—Hay testigos de que él no abandonó el patio de butacas más que para estar en el vestíbulo con unos amigos.

—Veremos si esos testigos quieren correr el riesgo de ser condenados por perjurio.

—No hay tal perjurio, Driscoll.

—¿Está usted seguro de que él no abandonó el vestíbulo unos minutos para desplazarse al bar o al urinario?

Y quien dice el bar o el urinario, dice el despacho de míster Morton… Hudson sonrió, tratando de ocultar sus impresiones y respondió:

—Como sea, un hombre que se sienta en el banquillo de los acusados no puede quedar sin defensa.

—Si para usted el caso es cuestión de compasión hacia el criminal y de cumplir honestamente uno de los requisitos que señala la Ley, no tengo nada que decirle, Hudson. Ya sabe que me tiene a su disposición.

—Gracias. Puede usted contar conmigo para lo que sea, Driscoll. Admiro a la gente joven, con ganas de lucha.

—Yo admiro también su capacidad profesional, Hudson. Tiene usted un prestigio y deseo que lo aumente, no que lo pierda.

Se despidió Driscoll con una sonrisa.

Hudson y Nollan cambiaron una simple inclinación de cabeza.

Un agente llamó a Hudson para que pasase a entrevistarse con Sacco. El abogado se adelantó, advirtiéndose en él cierta preocupación.

Nollan y Driscoll subieron a un coche oficial.

—¿Vas a recoger a Gipsy?

—Sí.

—Te dejaré allí y yo seguiré luego. Tengo que hacer varias cosas. Una vez el automóvil en marcha, comentó Nollan:

—Has conseguido preocupar a Hudson.

—Pretendía hacerlo perder parte de esa seguridad de la que alardea constantemente y con la que trata de apabullar a los demás —respondió Driscoll.

Minutos después dejaba Nollan a Jack ante la residencia para señoritas, en la cual tenía Gipsy un departamento.

Cuando preguntó por ella, la señorita encargada de la entrada, le informó:

—Ella recibió un recado telefónico, llamó luego a su departamento y al no obtener contestación, llamó a otro sitio y preguntó por el sargento Nollan…

—Sí, adelante…

—Le respondieron que había salido con usted y entonces

escribió rápidamente una nota y salió disparada en un taxi… ¡Ay, esa chica! Es magnífica, pero parece que en lugar de sangre tenga nitroglicerina.



—¿Esa nota, por favor? Porque supongo que será para mí…

—Sí. Míster Jack Driscoll, abogado.

—El mismo…

Hubiera resultado completamente inútil preguntar a la señorita por qué Gipsy no había esperado, y hubo de aguardar a que le entregase la nota que la sugestiva rabia había dejado.

Pidió permiso a la señora y la leyó con avidez. Cuando hubo

leído, comentó para sí:

—¿De manera que un camión lanzó al East River a Margie y a Mortimer cuando iban en el coche de esta último? ¿Y los han pedido sacar con vida?

De manera irreflexiva, Driscoll se dispuso a marchar al hospital donde, según Gipsy le decía en la nota, habían sido conducidos la actriz y Mortimer.

Iba a salir cuando le hirió la idea de que aquello podía ser una trampa y se dirigió a la señorita, que le observaba con muestras de viva curiosidad.

—¿Me permite llamar por teléfono, señora?

—Señorita —corrigió ella, añadiendo luego con amabilidad—: Puede usar el teléfono.

Se disculpó el joven, tomó el teléfono y llamó a casa de la actriz. Le respondió una voz femenina al cabo de unos instantes:

—La señorita está en el baño, termina de levantarse.

—Está bien. No es necesario que la moleste. Dígale que ha llamado Driscoll y que volveré a llamar.

No quiso perder más tiempo llamando a casa de Mortimer. Dio las gracias y se alejó rápido.

—Una vez en la calle tomó un «taxi» y dio la dirección del edificio en donde Judy Morlay tenía un lujoso departamento.

Tomó Driscoll el ascensor una vez en el edificio y subió hasta el tercer piso. Tardaron bastante en abrirle cuando llamó a la puerta.

La doncella de Judy, una veterana a la cual conocía muy bien Jack, frunció, el entrecejo cuando, al abrir la puerta reconoció a éste.

Cubrió la abertura de la puerta con su cuerpo para impedir que el joven entrase y dijo:

—¡La señorita Morlay no está! ¡Y si estuviese, no la recibiría!

Trató de cerrar la puerta, pero ya Driscoll había colocado el pie de forma que lo impidió:

—Vengo a verte a ti, encanto. Ya sabes que siempre me gustaste…

Forcejeó la doncella, arrimó Driscoll el hombro, empujó y la mujer no tuvo más remedio que ceder, saliendo disparada hacia atrás con cierta violencia.

—No seas estúpida, Susy. Me conoces sobrado tiempo y no

comprendo por qué me mientes…

Susy, en lugar de responder, pidió:

—¡Señorita Judy! ¡Es el señor Driscoll…! Yo no quería…

Se detuvo al advertir que se abría una puerta interior y aparecía en ella Warner Walsh. Jack, en tanto, había cerrado la puerta del departamento y se volvió con gesto duro a Warner.

—¡Hola! Supongo que no habrás pensado que vengo en visita de cortesía.

—No es una hora adecuada ni forma de entrar en una casa, para ser visita de esa clase.

—Dé acuerdo. Quiero ver a Judy.

—Ya lo imagino. Pero hace tiempo que ella no quiere verte a ti.

—Lo supongo. Y hoy tendrá menos interés que nunca. Pero tú ya me conoces, Warner. Quiero verla y la veré.

—Estás violando un domicilio particular, Jack. Es una actividad que está reñida por completo con la defensa de la Ley, a la que tanto cacareas defender. Aunque me han dicho que estás probando a meter cabeza en el teatro…

—Estás bien informado…

—Un fulano con tu imaginación, puede tener éxito.

—Yo estoy convencido de ello. Pero no se trata de eso sino de ver a Judy. Urgente.

—Ella no te quiere ver, ya te lo he dicho. Lárgate.

Walsh había fruncido el ceño, conocedor del carácter de Driscoll y suponiendo que iban a tener que llegar a la violencia.

Susy trató de deslizarse hacia adentro para cerrar las puercas de acceso adonde estaba Judy.

Y Driscoll la advirtió:

—Susy, no te metas en esto. Te aseguro que no te conviene en absoluto. Y tú sabes bien que no soy de los que hablan en vano.

Tras decir su advertencia, adelantó hacia Walsh, el cual adoptó una posición de lucha. Le preguntó:

—¿No te apartas?

—No.

—Bueno. Imaginé que si estabas aquí tendría que zurrarte. Cuando antes lo haga, mejor.

Walsh sabía por experiencia la cantidad de dinamita que llevaban los puños de Driscoll y trató de tomar ventaja

sorprendiéndolo.

Antes de lo que Jack podía imaginar, Walsh amagó con su izquierda para desplazar la derecha en golpe cruzado y corto al estómago de Driscoll.

Éste advirtió un poco tarde lo que se le iba encima. La izquierda de Driscoll Había golpeado con terrible precisión, y el golpe se vio favorecido por el impulso del propio Walsh al golpear; el choque de las dos fuerzas contrarias resultó fatal para Walsh, el cual salió despedido hacia atrás, a la vez que los brazos le caían lisos a lo largo del cuerpo.

Driscoll realizó un esfuerzo y adelantó persiguiendo a su enemigo, cuyas piernas daban la sensación de que se resistían a sostenerle.

La derecha de Jack adelantó cual un rayo para ser estrellada en terrible golpe contra la barbilla de Walsh.

Se produjo un seco chasquido, Walsh se estremeció al recio y preciso impacto, y a continuación se dobló blandamente para caer al suelo, perdida la noción de su existencia. En el momento en que Walsh caía, hacía acto de presencia Judy Morlay, la cual se cubría con un batín de seda que dibujaba a maravilla su espléndida figura. La rubia empuñaba una pistola en su derecha, con la cual encañonó a Jack, ordenándole:

—¡Quieto!

Jack no vaciló un instante y saltó como disparado por un cañón, tratando de colarse por debajo de la línea de tiro de la pistola.

Fue tan imprevista su acción, que cuando Judy quiso hacer fuego Jack ya chocaba contra ella, derribándola violentamente y obligándola a soltar el arma.

Se revolvió Judy como una pantera, tratando de morder y de arañar al joven.

Rodaron estrechamente abrazados, derribando un mueble y haciendo trizas un artístico jarrón.

Al fin se impuso la superioridad física de Driscoll, que dominó a la espléndida rubia, a la cual inmovilizó con el peso de su cuerpo, descargándole a continuación una serie de bofetadas a derecha e izquierda que hicieron oscilar el rostro de la bella.

Cuando Jack cesó su castigo, Judy escupió.

Eludió bien Driscoll y volvió a golpear hasta que ella gritó:

—¡Basta! ¡Basta ya, bestia maldita! Driscoll respondió, jadeando:

—De acuerdo. Se hubiese evitado todo esto si me hubieses recibido como era debido.

—Sabes perfectamente que te aborrezco. Y has entrado en mi casa de manera violenta.

—De acuerdo también. A la violencia hay que responder con la violencia.

—¡Quítate de encima! Me molesta tu contacto.

—Y a mí el tuyo. Si crees otra cosa, te equivocas…

Driscoll dejó a Judy, que, dolorida, se levantó lentamente, mirando a su antiguo amigo con expresión de odio implacable.

—Me tienen sin cuidado esas miradas y ten en cuenta que consumen mucha energía. Y es posible que necesites esa energía para algún caso de vida o muerte que se te puede presentar muy pronto.

Driscoll recogió la pistola que Judy había intentado emplear contra él y luego se dirigió a donde estaba caído Walsh inconsciente aún.

Lo cacheó hasta asegurarse de que no llevaba armas, y luego lo arrastró hasta dejarlo tumbado sobre una piel de oso, al alcance de su vista.

—Así no se enfriará —comentó en tono irónico—. Hay que cuidarlo porque él chico no fue nunca muy fuerte a pesar de su espléndida apariencia.

Judy se sacudió la ropa y se dejó caer luego desmayadamente en un cómodo butacón. Como al descuido, dejó abierta parte de la abertura inferior de la bata, por la que asomaron sus espléndidas piernas hasta por encima de las rodillas.

En cambio, fingiendo un pudor que estaba muy lejos de sentir, cerró la bata por su parte alta hasta el cuello.

—Ciérrala también por debajo, que se te ha olvidado, y a mí tus piernas no me impresionan ya en absoluto. Guárdalas para Hudson, porque, a menos que hagas marcha atrás, lo vas a necesitar.

—Déjate de dar consejos y suelta lo que sea.

—De acuerdo.

Driscoll miró fijamente a Judy y dijo:

—Vas a tomar ahora mismo ese teléfono y vas a dar orden de que traigan aquí a Gipsy Craig.

—¿Y qué tengo yo que ver con la tal Gipsy? Ni siquiera sé quién es.

—Tengo la impresión de que no te has dado cuenta aún de que he venido dispuesto a todo.

Susy, la doncella, había quedado en el pequeño vestíbulo y permanecía inmóvil, sin osar moverse.

—Ven aquí, Susy —ordenó Driscoll.

La mujer adelantó lentamente, mirando con expresión medrosa al joven.

—No te voy a comer, Susy. Si te portas bien, no me pienso meter contigo para nada. Siéntate allí.

La mujer tomó asiento en el lugar que Driscoll le señaló. El joven le preguntó:

—¿Fuera de nosotros, hay alguien más en la casa?

—No, señor.

—Bien. Eso hará las cosas más sencillas. Jack se dirigió de nuevo a Judy, diciéndole:

—Tú sabes perfectamente quién es Gipsy. Cual Sacco.

Tob y Freeman han fracasado esta mañana, has pensado que mi punto vulnerable es ella y no has vacilado.

—Continúo sin saber de qué me hablas —respondió Judy.

—Si Walsh estuviese en condiciones de hablar, te diría algo sobre mi fino olfato de sabueso, como él lo llamaba. Me tenía bastante envidia por eso y por otras cosas…

—Tus cosas dejaron de interesarme hace tiempo…

—Ya lo sé. Cuando te diste cuenta de que yo no era un elemento manejable en tus manos, ese elemento que necesitas para levantarte y dar satisfacción a tus ruines venganzas…

—Debieras ver a un alienista.

—Escucha, rubia. Si Gipsy sufre algún daño, tú lo sufrirás también, de allí para arriba. Y hecha tal advertencia, volvamos al punto de partida: Toma el teléfono y ordena que traigan aquí a Gipsy sin daño alguno.

—Te he dicho…

—No sigas.

Driscoll tomó el teléfono y marcó el número de Mortimer. Se puso al aparato el propio Mortimer.

—Soy Driscoll…

—Hola, ¿qué hay?

—¿Ha salido de casa?

—La verdad, no me he atrevido.

—Tenga cuidado. La gentuza ésta se ha lanzado al ataque y se han servido de usted para tenderme una trampa. Siga las instrucciones que le di ayer en el caso de que tenga que salir.

—De acuerdo, Driscoll, gracias. ¿Sucede algo de particular?

—Estoy conversando con una antigua alumna suya. Me refiero a Judy Morlay. No deja de ser una pobre fracasada incapaz de encajar tal fracaso. Un mal asunto para ella, Mortimer… En fin, no le molesto más y ya sabe. No descuidarse. Hasta luego.

—Hasta luego, Driscoll. Le haré caso.

Colgó Mortimer y también Driscoll dejó el tubo sobre la horquilla del aparato telefónico.

—Ya ves, rubia. Mortimer, ignorante de que lo habían lanzado en su coche al East River. Como broma no ha estado mal. Las aguas del East River como sepultura y un automóvil como caja. No es mala combinación, no señor.

Miró intencionadamente a Judy y a Walsh y siguió diciendo:

—Una combinación que te puede ser aplicada, rubia.

Judy palideció ligeramente, pero no respondió, encogiéndose despectivamente los hombros.

Y Jack le volvió a alargar el tubo telefónico, preguntándole a la vez que sonreía irónicamente:

—¿Dispuesta a dar la orden? La rubia comenzó a decir:

—No sé…

Jack movió ligeramente la muñeca y sacudió un golpe seco en la nariz de la rubia, ligeramente por debajo del entrecejo.

Lanzó ella una exclamación de dolor, intentó atacar, pero un nuevo golpe la obligó a encogerse, formando una especie de ovillo.

Susy se levantó en un impulso de ira, pero la fría mirada de Jack la obligó a sentarse.

—Se trata de la vida de mi prometida; Susy. No voy a permitir que esta bestia la destroce.

Se oyó el ruido del ascensor que se detenía en el piso y Jack tuvo una corazonada.

Se acercó a Walsh y le propinó un puntapié; pero Walsh estaba aún bajo los efectos de los adormecedores golpes y permaneció

inmóvil.

Judy gritó:

—¡Maldita bestia!

—A vosotros no se os puede tratar de otra manera. Llamaron a la puerta del departamento.

En el rostro de Judy se observó un gesto de alegría.

—Es pronto para que sea Hudson. Sacco dará trabajo. Tiene la cosa muy mal, ¿comprendes?

Volvieron a insistir y Jack, contra lo que Judy podía imaginar, ordenó a Susy:

—Vas a abrir. Que entre quien sea. Quiero verlo de cerca. Tú sabes bien cómo las gasto yo cuando se me traiciona, ¿verdad?

—Sí, señor…

—Pues nada más. Adelante.

Susy caminó de manera desganada hacia la puerta del departamento. Y Driscoll invitó a Judy:

—Vamos, rubia… Pon en orden tu cabello, y cierra bien la bata para que no se mareen demasiado los que llegan y vamos a recibirlos.

—Tú mandas. Veremos si te queda mucho tiempo…

—El suficiente para darte un serio disgusto a menos que cambies de rumbo, rubia. Susy abrió la puerta, apareciendo en ella un hombre joven con aspecto de deportista, el cual adelantó la diestra, barbilleó a la doncella y pidió:

—Déjame pasar, guapa. Tengo que hablar con la rubia… Debe estar esperándome con impaciencia.

Jack respondió por Judy, diciendo:

—Adelante, Price, la jefa te espera. Vamos, Susy, no lo hagas aguardar ahí…

Adelantó el hombre confiadamente, aunque mostró cierta sorpresa al reconocer a Driscoll, al cual preguntó:

—¿Tú también? ¡Esto sí que es estupendo…!

Judy actuó rápida, sujetando a Driscoll por los brazos con los suyos, tratando al propio tiempo de enlazarle las piernas.

La rubia gritó:

—¡Mátalo, Price!

CAPÍTULO X

El recién llegado, aunque sorprendido, se puso en acción rápidamente, echando mano a la pistola que llevaba en una funda sobaquera.

—¡Riégalo con plomo! —volvió a gritar Judy.

Driscoll giró como una peonza, anulando a Judy, a la que obligó a seguirle en sus giros.

Tal forma de actuar desconcertó a Price, que no osó disparar por miedo a alcanzarla a ella.

Y cuando el recién llegado quiso reaccionar, recibía un fuerte golpe que le proporcionaba la propia Judy al ser manejada por Driscoll.

Cayó Judy al suelo dada la violencia del golpe, viéndose obligada a soltar a Driscoll.

Price trastabilló, pero se repuso a tiempo y pudo saltar hacia atrás para mantener la distancia y poder hacer fuego.

Saltó Jack y le golpeó en el estómago con la cabeza. Y los dos hombres cayeron rodando, aferrando Jack la mano armada de Price, al cual volvió a golpear en la cara con su cabeza.

Aflojó Price y recibió un nuevo golpe que hizo saltar la pistola de su mano.

Judy logró levantarse y corrió a sujetar a Driscoll, pero recibió un golpe que la derribó con violencia.

Price aprovechó el momento para golpear a Jack en el rostro con un pie, y la boca del joven comenzó a manar sangre.

El recién llegado, buen luchador, se puso en pie rápidamente y saltó, tratando de caer con sus dos pies sobre Jack que se hallaba en el suelo.

Rodó el joven, esquivando el ataque y aferró a Price por uno de

los tobillos, el cual sometió a violenta torsión.

Y el luchador dio una voltereta, cayendo al suelo aparatosamente. Volvía el dominio de la lucha a manos de Driscoll, quien aplicó otra presa a su enemigo, al cual estrelló contra el suelo de manera violenta, dejándolo fuera de combate.

A pesar del dolor que sentía, se dirigió, sonriendo, a Judy, que se sujetaba con ambas manos el estómago que había sido lastimado seriamente con el último golpe.

—A pesar de todo no tendrás más remedio que admirarme, rubia. Price es todo un campeón de lucha y, sin embargo, ya ves…

—A pesar de todo, no saldrás de aquí con vida —amenazó ella.

—Ya verás como sí.

El joven recogió el arma que le había caído a Price y luego amarró al luchador como había hecho anteriormente con Sacco. Después hizo lo propio con Walsh, que había comenzado a dar señales de vida.

—Price ha sido uno de los que han secuestrado a Gipsy, Judy. Y el secuestro está castigado con la pena de muerte… ¿Imaginas lo que va a suceder cuando Nollan y yo apretemos de cuentas a este granuja?

—Yo no tengo imaginación. Eres tú quien se dedica a inventar historias. Y has llegado demasiado lejos.

—Eso lo veremos. Vamos para dentro, Susy. Tu ama va a telefonear y quiero estar presente.

—¡Te odio tanto que no telefonearé! Gipsy morirá aun cuando yo vaya después a la silla eléctrica, ¿lo oyes? Gipsy morirá sin que nadie pueda impedirlo…

Antes de que terminase de hablar, Jack se agachó rápido, la aferró por un tobillo y la derribó.

Judy dio de narices contra el suelo y gritó salvajemente.

Pero Jack no la soltó, sometiendo los dedos del pie de la rubia a una lacerante torsión que la dejó sin fuerzas para gritar mientras que comenzaba a sudar copiosamente.

—¡Yo te aseguro que llamarás! No pienses que te voy a matar. Será mucho peor. Crujió uno de los dedos, a punto de romperse y Judy suplicó:

—¡Basta! ¡Basta ya! ¡Llamaré! Jack la soltó instantáneamente.

—Ya sabía yo que entrarías en razón —dijo.

Tomó el joven a la rubia y la echó de manera poco amable en el mismo sillón en que ella se había sentado anteriormente. Y le volvió a presentar el aparato telefónico.

Judy se decidió a hacer la llamada y Jack prestó atención al número al cual ella llamaba.

—Ni una palabra más de las precisas —advirtió el joven—. Dirás simplemente que traigan a la chica y que la aten para no despertar sospechas. Dirás también que Sacco ha sido puesto en libertad.

Se estableció la comunicación.

Jack ciñó su diestra en torno a la garganta de Judy, dispuesto a hacerla callar al menor asomo de desobediencia.

La rubia, con lágrimas en los ojos, tratando de que su voz apareciese normal, dio la orden ciñéndose a las palabras que Driscoll le había dictado.

Una vez hubo terminado ella, cortada ya la comunicación, fue Driscoll quien llamó por teléfono a la Brigada de Homicidios.

—Deseo hablar con el sargento Nollan. Soy Driscoll.

—Acaba te llegar. Le ponemos en comunicación con él.

Poco después escuchaba el joven la voz de Nollan, que preguntaba:

—¿Algo nuevo?

—Sí. Gipsy ha sido secuestrada…

—¿Cuándo?

—Escucha y no me interrumpas. Hay que actuar con rapidez…

—¿Pero en dónde está?

—No lo sé, pero la van a sacar de donde sea para alejarla más, tal vez para hacerla desaparecer…

Judy trató de interrumpir la comunicación para dar tiempo a su gente a escapar con Gipsy. Pero recibió un nuevo golpe que la inmovilizó instantáneamente, y comenzó a sollozar de manera nerviosa.

Driscoll prosiguió:

—Que se de orden a todos los autos-patrulla y a todos policías del sector noroeste para que vigilen, en particular, la Riverside Drive y la Avenida del Oeste. Da las señas de la chica; ignoro cómo va vestida hoy, aunque supongo que llevará el mismo traje que ayer por la mañana. Ignoro asimismo cuántos hombres irán con ella. Mucho cuidado, pues ellos tienen orden de matar antes que

entregarla…

—De acuerdo. Llamaré pronto.

—Espera aún. Deben salir de una casa cuyo número de teléfono es el siguiente… Anota. Dio el número de teléfono y siguió diciendo:

—Cuando puedas, llama por teléfono… Aguardo tu llamada.

Driscoll dio el número de teléfono y las señas del departamento de Judy.

—Cuelgo y aguardo. No me puedo mover de aquí…

—Be acuerdo. Llamaré pronto.

Fue el propio Nollan quien primero cortó la comunicación.

Cuando Driscoll dejó el teléfono y dirigió su mirada a Judy, comprendió que había acertado y que tenía la victoria en sus manos.

—Deja las lágrimas para mejor ocasión. Debiste pensarlo bien antes de lanzarte. Y sobre todo, conociéndome, debías haber evitado el choque conmigo.

Judy dirigió al joven una rencorosa mirada y respondió:

—Es igual; no había pensado en vengarme de ti y hasta te hubiese ayudado a subir.

Habrías escrito para mí porque yo sé que tienes talento…

—Gracias…

—Pero después de todo lo sucedido, es precisamente de ti de quien más deseo vengarme. Ahora sé que el mayor daño que puedo hacerte es que esa chica quede destrozada en este choque. Y lo habrás provocado tú, serás tú quien la habrá matado…

—Te habrás equivocado una vez más. Tus compinches no tendrán ocasión de matarla y aunque la tengan, sentirán miedo. Ellos saben que matarla significa la silla eléctrica y tan pronto salgan de su guarida se sentirán vigilados. Y el miedo logra muchas cosas.

—¡Maldita bestia! —exclamó la rubia.

Tanto Walsh como Price habían vuelto en sí, y uno y otro comenzaron, en silencio, con disimulo, la tarea de intentar soltarse.

Jack les dirigió una mirada burlona y advirtió a continuación:

—Vais a recibir más leña si no sois buenos chicos. Y sabéis de sobra que tengo motivos para no bromear.

Luego se dirigió a Susy, preguntándole en tono de broma:

—¿Tú también eres cómplice de ellos?

La veterana doncella se apresuró a responder:

—¡Yo no sé nada de nada! ¡No quiero líos!

—¿Te has dado cuenta de la clase de bestia, a la cual has estado sirviendo? Susy giró la cabeza en sentido negativo y pidió:

—No me meta en líos, míster Driscoll.

—De acuerdo.

Para entretener la angustiosa espera, se dirigió a Price.

—¿Tienes idea de la pena que corresponde al ene secuestra a una persona?

La mirada del luchador se dirigió en gesto interrogante a Judy, que desvió su vista. El hombre murmuró:

—¡Maldita zorra! Yo sabía que con mujeres no se puede ir a ningún sitio como no sea a… A divertirse.

—Con algunas, ni a eso —dijo Jack en tono hirientemente burlón—. Ya ves si ésta te ha traído complicación…

Price miró con expresión que reflejaba deseo a la hermosa rubia y murmuró:

—¡Si al menos me hubiese divertido! Pero ni eso… Mucho prometer, mucho mostrar sin querer mostrar, mucho coquetear y luego, mañana, siempre mañana, mañana… Buscaba comprometerme en esto, eso era lo que quería. A mí, al otro, al otro… ¡Maldita zorra!… ¡Puaf!

Judy interrumpió violenta:

—Cierra el pico ya, estúpido, lengua larga. No comprendes que se está burlando de ti después que te ha maltratado como a un pelele, dejándote hecho una piltrafa.

—¡Eres una zorra que nos has llevado de cabeza a todos! ¡No podía fallar! ¿No era eso lo que decías? No podía fallar… —repitió en tono de burla hiriente—. Ella sabía más que nadie. Y por si faltaba algo, estaba el asesor, ese polizonte estúpido.

—¡Chivato! —gritó, exasperada, la rubia. Driscoll comentó, en tono jocoso:

—Con aficionados no se puede trabajar, Judy, está demostrado. De ellos sale algún buen profesional, pero muy de tarde en tarde. Ya sabes, en el teatro pasa lo mismo… En cambió, Sacco, ¡ése sí que es bueno! No hemos logrado arrancarle palabra. Lo malo es que la pistola habló por él…

—¡Búrlate ahora que puedes! Ríete de nosotros… Ya veremos si ríes lo mismo cuando veas a tu Gipsy destrozada, si es que llegas a verla… —gritó Judy.

Driscoll, tal que si no la hubiese oído, señaló despectivo para Price, diciendo:

—Estos atletas de pacotilla, profesionales del tongo, no sirven más que para ser lucidos por ahí como si fuesen animalitos de lujo y despertar las envidias de las tontas; pero a la hora de la verdad, ya lo ves. Son verdaderas piltrafas… —recalcó Jack.

—¡Me gustaría atraparte entre mis manos y ya veríamos si soy una piltrafa! —exclamó Price, irritado.

—Cierra el pico. Pudiste hacerlo con ventaja, porque ella te ayudaba, pero ¿qué pasó?

Eres de merengue…

Cortó la conversación el repiquetear del timbre telefónico.

Jack se abalanzó materialmente a tomar el microauricular entre sus manos.

—¡Hola!

—Aquí, Nollan, desde jefatura. Se han dado órdenes ya y en estos momentos se extrema la vigilancia en la zona señalada. Acuden hacia allá algunas unidades volantes con instrucciones concretas y una descripción de la chica…

—De acuerdo…

—Se ha localizado la casa a la cual corresponde el teléfono cuyo número diste…

—¡Magnífico!

—Los policías de esa demarcación han recibido instrucciones particulares. El mayor reforzamiento se hará por allí.

—¿Algo más?

—No tratarán de detenerlos a menos que haya mucha ventaja, pero se les seguirá y estarán en continua comunicación con nosotros.

—Perfecto.

—Si salen de tal casa, será rodeada y se detendrá a los que queden dentro. He dado instrucciones también para que se estreche la vigilancia en torno a Hopkins y a la casa de Judy Morlay. Quiere decir que estás rodeado.

—¿Van a venir a hacerse cargo de lo que tengo aquí?

—Iré en un vehículo provisto de radio para mantenernos en comunicación con los que vigilan. El teniente Logan se hará cargo de los que tienes ahí. Voy en seguida…

—Espero. Comprende mi impaciencia… Colgó el aparato y se volvió a Judy:

—Siento decepcionarte, Judy, pero va todo mucho mejor y con más rapidez de la que yo imaginaba. Debías haber contado con la eficiencia de nuestra policía…

—Y con que tú eras un sabueso de primer orden, ¿no?

—Exactamente…

No pasaron apenas cinco minutos cuando ya Nollan y el teniente Logan llamaron a la puerta del departamento.

El joven indicó al teniente:

—Cuidado con esas tres fichas. Convendrá que los mantengan incomunicados para que no puedan ponerse de acuerdo. Han hablado ya lo suyo.

Logan señaló para Susy, preguntando:

—¿Nos llevamos a ésa también?

—Por ahora, no, si ella promete que no se moverá de aquí, cuidará de lo de Judy y no se meterá en lo que no le importa.

—¡Le aseguro que lo haré así, míster Driscoll! —prometió la doncella.

—Puede, dejar un par de policías para que atrapen a todo sujeto sospechoso que aparezca por aquí. Tenga en cuenta que la rubia es la «jefa».

—Es una idea.

A instancias de Nollan marcharon él y Driscoll, mientras que media docena de policías, a las órdenes del teniente, penetraban en el departamento para llevarse a los detenidos y dejar establecida la vigilancia.

Driscoll se alegró al ver que el automóvil que había llevado Nollan para ellos dos, no tenía aspecto de coche oficial.

—Tú al volante, Jack. Reconozco que eres mejor conductor que yo; pero cuidado, por favor… Yo iré a la radio.

Se lanzaron al máximo de velocidad permitida, llegando en algunos momentos a superarla.

No tardaron en rebasar el Central Park por la Octava Avenida, cruzando luego rápidamente para buscar la Riverside Drive,

dejando Harlem a su derecha.

Driscoll, de tanto en cuanto, dirigía su mirada a Nollan, que había entrado ya en contacto con los auto-patrulla destacados hacía el lugar señalado.

El joven escuchaba las voces de unos y otros, señalando indefectiblemente:

—Nada aún… Al fin se oyó:

—Parece que han sido vistos. Van en una «limousine» color negro. Cuatro hombres, contando al del volante, y la muchacha, entre dos de ellos, en el asiento posterior. Se dirigen a la Avenida del Oeste…

Estaban ya en buen lugar para correr y Jack metió el acelerador a fondo, haciendo chirriar los neumáticos contra el piso cuando tomaba las curvas a toda velocidad.

Fueren llegando más y más noticias que iban concretando posiciones.

Nollan repitió instrucciones una y otra vez, recordando que se debía actuar con el máximo de precauciones.

Al fin se concretó el lugar exacto en donde se hallaba el auto fugitivo en aquel momento, dando la velocidad aproximada a que rodaba.

Los ojos de Jack brillaron de alegría. Nollan recordó:

—Prudencia, amigo.

Siguieron recibiendo noticias del auto patrulla que seguía de cerca, aunque discretamente, a los fugitivos.

Driscoll sacó al vehículo el máximo de rendimiento y experimentó la satisfacción de oír que habían adelantado a los fugitivos que corrían por una vía paralela a la empleada por ellos.

Cuando consideró que la ventaja lograda era suficiente, hizo girar al vehículo para meterlo por una transversal que debía conducirles a la carretera que empleaban los de la «limousine».

Salieron a ella cuando a los otros les faltaban apenas unas yardas para llegar al cruce, y el joven lanzó su vehículo contra la «limousine» cuyo conductor gritó a tiempo que se desviaba para evitar la colisión.

Jack maniobró adecuadamente, aunque su vehículo patinó, embistiendo finalmente, perdida ya su violencia, al otro que, acorralado se había visto obligado a aminorar la marcha.

Los dos coches quedaron trabados de manera inverosímil y la «limousine», además, apresada contra un árbol.

Tanto Driscoll como Nollan saltaron con el máximo de rapidez, sin dar tiempo a los otros a que se repusieran del susto ni de la sorpresa.

Saltaron hechos añicos los cristales de una de las portezuelas, se agachó Gipsy y la pistola ametralladora que llevaba Driscoll escupió fuego y plomo contra los malhechores que no tuvieron ocasión de emplear sus armas contra la linda rubia.

Se estremecieron los dos hombres a los impactos, dejaron caer sus armas y luego fueron resbalando lentamente hasta cruzar uno sobre el otro, encima del asiento.

Nollan, en tanto, había encañonado a los otros dos, conminándoles enérgicamente:

—¡No se muevan o los acribillo! ¡Policía!

El auto patrulla que había seguido de cerca el automóvil de los secuestradores, hizo acto de presencia, y de varios puntos surgieron policías en motocicleta que rodearon a la «limousine».

Driscoll se apresuró a sacar a Gipsy del vehículo.

La sugestiva y animosa rubia, pálida, emocionada, sonrió al verse libre.

Llevaba las piernas atadas por los tobillos, y las manos, amarradas a la espalda.

El joven se apresuró a desatarla, pero no osó abrazarla, aunque pidió en voz baja:

—Si fueses una chica como es debido, debieras desmayarte. Te garantizo que no llegarás a caer al suelo…

—De eso me cuidaré yo…

Inesperadamente puso Gipsy los ojos en blanco, dio dos pasos vacilantes, como si no fuese capaz de sostenerse y cayó en dirección a Jack, quien no tuvo más que alargar los brazos para recogerla en ellos.

El joven la levantó en vilo, tomándola entre sus brazos, estrechándola contra su pecho mientras ella dejaba caer la cabeza hacia atrás, tal que si realmente estuviese desmayada.

Corrió John con ella en brazos, dando vuelta por detrás del vehículo que les había llevado, hasta quedar a cubierto de miradas curiosas.

Gipsy guiñó entonces un ojo con expresión picaresca y dijo en voz que era un murmullo:

—Aprovéchate ahora que no miran y estoy desmayada.

—¡Naturalmente! Y se aprovechó.

Cedieron en el beso cuando, oyeron que alguien carraspeaba cerca de ellos. Era Nollan que dijo:

—Veremos cómo diablos sacas este cacharro de ahí.

—Esto es la mar de sencillo. Apartaré la «limousine». Un momento, querida.

Depositó Jack a la joven dentro del automóvil que los había traído y se dirigió al lugar en donde los dos vehículos aparecían enganchados.

Dando la sensación de que la cosa le resultaba fácil, levantó ligeramente el automóvil que les había llevado y lo despegó del de los secuestradores.

—Ya está. Pero ahora irás tú al volante, amigo Nollan. A mí me dan miedo las grandes velocidades y no soy capaz de conducir sin correr.

—No es necesario que me lo digas. No comprendo aún cómo estamos vivos. Una vez ya en plan de regreso, dijo Gipsy:

—La verdad es que en esta ocasión me han engañado como una tonta. Porque supongo que lo de Margie y Mortimer será mentira.

—Y tan mentira. Ellos estaban tranquilamente en sus respectivos departamentos.

—¿Y míster Morton?

—Mucho mejor, según las ultimas noticias. Y cuando se entere que el «gang» está prácticamente fuera de combate, se pondrá mejor aún. ¿Cómo fue lo tuyo?

—Sencillamente. Me dieron el recado que ya sabes, por teléfono. Escribí la nota para ti y salí a la calle. Llamé a un «taxi», pero se metió otro por delante… A mí me daba lo mismo uno que otro y lo tomé. Siguió la dirección que le di y yo me confié. De improviso, al detenerse ante un cruce aguardando la señal de paso, se abrieron las portezuelas de ambos lados y me vi amenazada por las dos partes, por dos individuos.

—¿Serías capaz de reconocerlos?

—Uno de ellos es el que iba ahora junto al conductor. El otro desapareció mientras me encerraban en la casa en donde me habían

tenido secuestrada.

—Ése está detenido también.

Poco después se apeaban en la Jefatura de Policía.

Gipsy reconoció en Price al otro hombre que la había secuestrado.

Poco después llegaron dos furgonetas con varios detenidos, entre los que se hallaban Hopkins y el chofer que conducía el taxi que había servido para el secuestro.

El taxi había sido robado poco antes del secuestro y había sido abandonado una vez cometido éste.

Se hicieron algunas pruebas y Gipsy reconoció en la voz de Judy a la que, fingiéndose enfermera, le había dado la falsa noticia sobre Margie Ann y Mortimer.

Hudson renunció a la defensa de Loy Sacco y se largó de Nueva York, negándose rotundamente a entrar en contacto con Judy Morlay, a pesar de que ella ofrecía una crecida suma por su defensa.

Algunos de los detenidos se mantuvieron con una firmeza que llegaba a rayar en el cinismo, contándose entre ellos Judy, Hopkins, Sacco y Warner Walsh, mientras que otros, en su afán de salvarse, no vacilaron en acusar a sus jefes y a sus compañeros.

Price el que más habló, fue encontrado misteriosamente muerto en su calabozo. Sin embargo, no por ello se libraron los del «gang» teatral de duras condenas.

Míster Morton, una vez estuvo en condiciones, fue padrino en la doble boda entre Gipsy y Driscoll y Margie Ann con Nollan.

FIN



Alfonso Arizmendi Regaldie (San Cristóbal de la Laguna, Islas Canarias, (España), 1911 - Valencia (España) 2004), más conocido por el seudónimo Alf Regaldie formado con la abreviatura de su nombre y con su segundo apellido, de origen francés, aunque también utilizó el de Carlos de Monterroble.

Aunque nació en la localidad canaria de San Cristóbal de la Laguna, durante la mayor parte de su vida residió en Valencia, por lo que se le puede considerar con toda justicia miembro de pleno derecho de la escuela de ciencia-ficción valenciana.

Al igual que ocurrió con otros muchos contemporáneos suyos, tuvo la desgracia de verse atrapado en la vorágine de la Guerra Civil española, participando como combatiente en el bando republicano, lo que le acarreó, como es fácil suponer, serias dificultades una vez acabada la contienda, llegando a estar encarcelado por ello durante siete años.